

FIESTAS POPULARES

En Honor
del
Stmo. Cristo
de la Sala

BARGAS

14-18 septiembre
2001





Miriam Laserna Muñiz.
Reina Juvenil

Diana Sánchez Gaitán.
Dama de Honor



Fátima Fuentes Páramo.
Dama de Honor

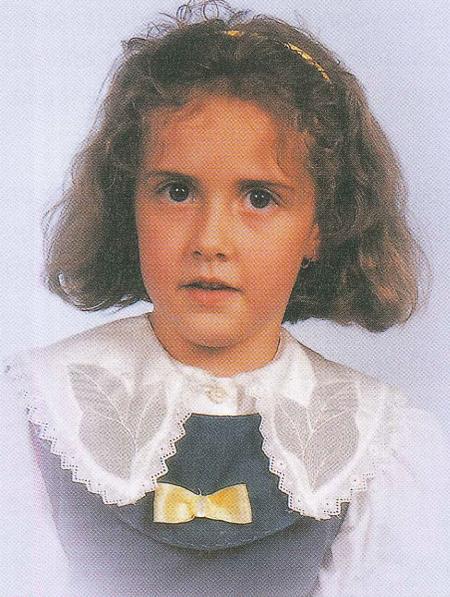


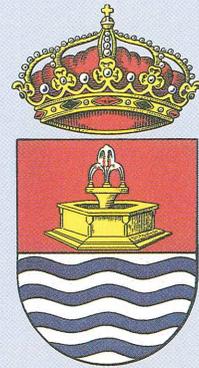


Andrea Fuentes Páramo.
Reina Infantil

Bárbara Pleite García.
Dama de Honor

Marta María Galván Magán.
Dama de Honor





Para los bargueños nombrar y pensar en Septiembre es pensar y nombrar a “nuestro” Cristo de la Sala y “nuestra” Función.

Bargas, sus calles y sus casas se abren a todos, a los de aquí y a los de afuera. La tercera semana de septiembre estalla en color, en ambiente, en risas, en música y luz.

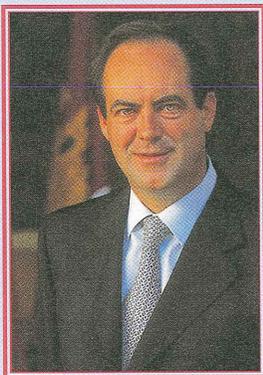
Para unos las fiestas es diversión, para otros encuentro familiar y compañía; para la mayoría descanso y esparcimiento tras un año de trabajo y fatigas. Para algunos, también, recogimiento, reflexión y sentimiento íntimo por comprobar que quien habitualmente nos acompañaba en estos días ya no lo podrá hacer más. Estas son siempre las dos caras de las fiestas y quizás también de la vida: la risa y la tristeza.

Análisis y balances personales, compromisos con otros y con nosotros mismos, un apretón de manos más tarde que nunca; risas con la inocencia de los niños; jóvenes cantando un poco más alto de lo habitual; sonrisas en los mayores, todo, con respeto y tolerancia, cabe en nuestra “Función”.

Y casi al final “nuestra” Procesión del Stmo. Cristo de la Sala, manifestación del vigor de un sentimiento compartido por un pueblo sencillo y trabajador. Procesión que atrae como un imán de serenidad, recogimiento y paz interior. Ejemplo vivo de fe y pasión por nuestro Cristo de la Sala.

Que la Fiesta nos acompañe a todos y que nuestro Cristo de la Sala nos ayude a ser un poco más felices.

Vuestro Alcalde.
Gustavo Figueroa Cid



Estimados amigos:

Una vez más agradezco la gentileza de vuestro Alcalde, quien en nombre de toda la Corporación Municipal de Bargas, me invita a dirigiros estas palabras de saludo con motivo de vuestras tradicionales y queridas Fiestas en Honor al Santísimo Cristo de la Sala.



Nuestras fiestas pueden compararse a un cuadro, cada año con un mismo marco, pero con un lienzo distinto.

El marco está constituido por una moldura preciosa: nuestro entorno natural. El lienzo se muestra con ganas de ser dotado de sentido y ésta es la tarea. El programa que tenéis en vuestras manos puede ser un apunte, un boceto que podéis continuar o borrar del todo para crear algo nuevo. Es el dibujo de líneas imprecisas preparado para ser rellenado de colorido. Y en el colorido habrá pinceladas de clarooscuro. Las luces son las alegrías que pensamos disfrutar. Las sombras, los recuerdos de aquellos que el año pasado estuvieron con nosotros y éste ya no están.

La perspectiva se la presta, más que el lugar, el tiempo. Es nuestra fiesta, pero también lo fue de nuestros padres, de nuestros abuelos. La flecha del tiempo se dirige hacia atrás, hasta perderse en los recovecos de la memoria colectiva de los bargueños. Forma parte de nuestra tradición, de nuestras costumbres. Es una porción no desdeñable de nuestra cultura, de nuestra idiosincrasia. Pero el tiempo no se limita al pasado: ahí están nuestros hijos para demostrarlo. Ellos han de aportar algo nuevo, para que todo permanezca, pero revitalizado, vivo.

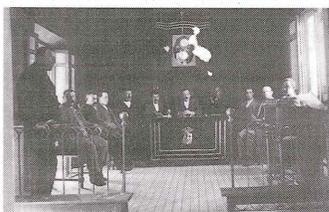
La parte central, estelar, del cuadro sois vosotros y vuestra ilusión. La intención del autor es lo principal en la creación, el sentido profundo de la obra. Vosotros sois los artistas que habéis de finalizarla. Y estoy convencido que, este año, como todos los anteriores, os saldrá una obra de arte.

Vamos a conseguir, otra vez, como tantas otras, colgar en la galería de nuestros mejores recuerdos las Fiestas del Cristo del 2001: vuestra función.

Muchas gracias por esta oportunidad que me concedéis y un abrazo para todos.

JOSE BONO MARTÍNEZ
PRESIDENTE DE CASTILLA-LA MANCHA

Bargas, su historia en imágenes



Para conocer más nuestra historia el Archivo Municipal espera vuestras fotografías.

Información Municipal

PAÑUELO DE HIERBAS



Se recuerda que el año pasado fueron repartidos entre las Asociaciones, Peñas y vecinos Pañuelos de Hierbas (también conocido como "pañuelo de bargueño") con la intención de potenciar, a través de este símbolo, nuestra identidad y tradición bargueña.

Por tanto se hace un llamamiento a todos los vecinos para que preparen su Pañuelo de Hierbas, guardado desde las pasadas fiestas, y todos juntos procedamos a la Puesta del Pañuelo en el acto de la Inauguración Oficial de las Fiestas el Viernes día 14.

TRAFICO Y ESTACIONAMIENTO



No se estacionarán vehículos durante los días de las Fiestas (del 14 al 18 de Septiembre) en el Santiago de la Fuente, Plaza Constitución y Arroyada.

La nota anterior se hará extensiva a la c/ Teodoro Pérez durante el desfile de Carrozas (Viernes 14) y especialmente en las calles Iglesia y Procesiones el Domingo 16 con motivo de la Procesión del Stmo. Cristo de la Sala.

En todo caso se deberán respetar las señales de tráfico y las indicaciones de la Policía Local y Guardia Civil.

ENCIERROS

Todos los encierros comenzarán a las 9 de la mañana a la suelta de tres cohetes.

CONSEJOS DE OBLIGADO CUMPLIMIENTO

- Si bebes no corras, los encierros pueden ser muy peligrosos.
- Si te caes en la carrera, no te levantes y procura taparte la cabeza con las manos hasta que pasen los toros.
- Respeta los consejos e indicaciones de las personas que están organizando los encierros.
- Los corredores tienen preferencia para protegerse, dejadles paso para refugiarse.
- La enfermería y ambulancias estarán situadas en la Plaza de Toros.
- No toques ni cites a los toros porque pueden embestirte.
- Corre hacia delante, no vuelvas hacia atrás.
- Si corres el encierro no lles mochilas ni objetos que dificulten tu carrera.



Los menores de 14 años podrán asistir solamente como espectadores a los festejos taurinos tradicionales como son: encierros y sueltas de vaquillas, según determina la orden de fecha 10 de Mayo 1982.

Información Municipal

PROTECCIÓN CIVIL

La Agrupación de Voluntarios de Protección Civil de Bargas hace las siguientes recomendaciones para un mejor desarrollo de nuestras fiestas.



- Cerca de usted habrá un policía local o algún voluntario. Siga sus indicaciones.
- Preocúpese de conocer la ubicación del personal de emergencia, así como de los centros sanitarios.
- No obstaculice al personal de EMERGENCIA en el cumplimiento de sus funciones.
- Si no se encuentra en el lugar de EMERGENCIA, no se acerque a él, salvo que se considere capacitado para colaborar.

ESPECTACULOS TAURINOS

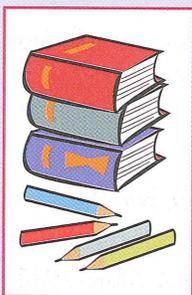
- Queda totalmente prohibida la participación en los encierros y suelta de vaquillas a los menores de edad y a toda persona que se encuentre bajo los efectos del alcohol.
- No se permite bajo ningún concepto maltratar a los toros y vaquillas.
- Dejar las vallas libres para el uso de los corredores y no sentarse en la parte alta de las mismas para evitar caídas fortuitas.
- Ante un herido en la plaza o en el recorrido del encierro, avisar con la mayor rapidez posible a los servicios de EMERGENCIA.

ASOCIACIONES Y PEÑAS

- Evitar la aglomeración de materiales inflamables y basuras en general.
- Dotar al local con algún extintor.
- No conectar varios aparatos en un mismo enchufe.
- Se os facilitara el número de la Policía Local y de Protección Civil para cualquier emergencia.

Agrupación de Voluntarios de Protección Civil de Bargas
Barrio Alto, 8 (Bargas) Tfno. 925 49 34 35

EDUCACIÓN PERMANENTE DE ADULTOS



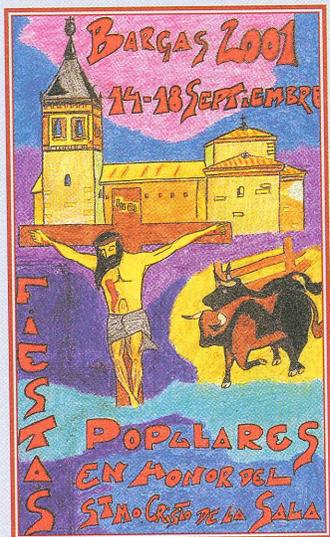
De nuevo como en años anteriores podrás llevar a cabo estudios de:

- Alfabetización
- Graduado Escolar
- Formación Profesional l' Grado
- Graduado Escolar en Secundaria

Infórmate en el Ayuntamiento y apúntate para el próximo curso

¡ ¡ TE ESPERAMOS ! !

EXTRACTO DEL ACTA DEL XXIII CERTAMEN LITERARIO Y DEL CARTEL ANUNCIADOR DE LAS FIESTAS DE SEPTIEMBRE 2001



- El Jurado calificador del **Concurso de Carteles** 2001 formado por:
 - D. Jesús Asensio Garrido.
 - D^a. Patricia Alonso.
 - D^a. Ana M^a Miralles.
 - D. Ángel Garrido.

Acuerdan por mayoría nombrar ganadores a:

- **Premio General:** Aránzazu Jiménez Sánchez. "Tradición" (PORTADA)
- **Premio Local:** M^a Victoria Villasevil Bargueño. "Mujer Posando" (CONTRAPORTADA)
- **Infantil 2ª Categoría:** Gregorio Saldaña Martín de Eugenio.

- El Jurado calificador del **Concurso de Narrativa**, formado por:
 - D^a. Patricia Rodríguez Villaluenga.
 - D^a. Dolores Jurado Merchán.
 - D^a. M^a del Carmen del Cerro Gutiérrez.

Acuerdan por mayoría nombrar ganadores a:

- **Premio General:** María Luisa Frisa García. "Amanda la Bella".
- **Premio Local:** M^a Isabel Ralero Rojas. "La Casa Habitada".
- **Accésit General:** Eduardo García Pérez. "Gorigori".

- El Jurado calificador del **Concurso de Poesía** formado por:
 - D. Emiliano Madrid Palencia.
 - D^a. Cristina Castillo Gil.
 - D^a. M^a Jesús Martín.

Acuerdan por mayoría nombrar ganadores a:

- **Premio General:** Miguel Ángel Curiel. "Postrimerías".
- **Premio Local:** Paloma Rodríguez de la Pica. "Silencio, ¡Solo Silencio!".
- **Accésit General:** Manuel Terrín Benavides. "El principio lo soñado".

XXIII Certamen Narrativa

AMANDA “la bella”

Bailaba como si nadie la viera, como si estuviera sola, como si se encontrara en medio de un fragante prado bajo la lluvia.

Bailaba como si nadie la viera, y en realidad se hallaba en el centro del amplio salón engalanado para celebrar el aniversario de la República. Las ampulosas matronas, buques insignia capitaneados por sus maridos de esmoquin, se apartaban y giraban a su paso melodiosamente, siguiendo el compás marcado por la orquesta, sin alterarse. Todos parecían ejecutar una coreografía mil veces ensayada. Esa fue la primera vez que la vi. Ojalá no lo hubiera hecho nunca.

Llegué a Nofuentes una calurosa mañana. La estación del tren, poco más que un apeadero, hervía de actividad. Para aquella ciudad, triste sin mar, el ferrocarril semanal era su forma de establecer contacto con el mundo.

Las orondas criadas, con sus vestidos y pañuelos, atados a la cabeza, de variopintas tonalidades, se movían apresuradas con los capazos cargados sobre las caderas, varios caballeros lanzaban a gritos sus órdenes moviendo sus bastones para rubricarlas, los chamacos intentaban ganarse unos pesos remolcando equipajes, los domésticos cargaban en los carros las mercancías que extraían de los vagones.

La diligencia y el entusiasmo con que desarrollaban su actividad, así como el hallarme, después de tantos meses de viaje, de nuevo entre una bulliciosa multitud humana, hicieron que regresara mi perenne migraña.

Me apeé, del tren con las dos desventuradas maletas que contenían mis pertenencias, y me hice a un lado, para esperar, prudentemente, que mi destino me encontrara cuando concluyera el alboroto. Aproveché, el interludio para ingerir una de las ineficaces píldoras contra la melancolía.

Quince minutos más tarde el tren avisó con un pitido su inminente marcha y al momento la estación quedó desierta, tan desierta que se diría que todo había sido un espejismo producido por mis aturcidos ojos. En el andén perseverábamos un anciano famélico de disparatado pelo blanco que inmovilizaba sus pantalones con una soga, como si los estuviera ahorcando, y yo.

Se acercó arrastrando los pies descalzos hacia mí, se quitó el sombrero de paja, lo sujetó, servil, a la altura del estómago con ambas manos, y con la cabeza agachada indagó si yo era el señor Alonso Vidal.

XXIII Certamen Narrativa

He de decir que me impresionó su vasallaje, sólo años después el propio Severo me confesó que al verme enteramente vestido de negro, con el bombín calado, tan canijo y enjuto, y con la tez blanquecina y enfermiza, temió que fuera el espectro de mi tío que volvía a pedirle cuentas.

Así fue como llegué a la hacienda que a partir de entonces sería mi hogar, magullado por el traqueteo de la carreta, soportando estoicamente la jaqueca, cubierto de polvo y cansancio, y acompañado de un viejo aterrado que se mantenía todo lo alejado que podía de mí porque me creía una aparición.

Todavía hoy, en mi madurez, no puedo evitar sonreír al recordar lo diferente que todo resultó comparado con las ensoñaciones que poblaron mi mente desde que me supe heredero universal de un tío lejano emigrado a las Américas.

La única condición impuesta para cobrar el legado era mi desplazamiento hasta Nofuentes, para tomar posesión de sus bienes.

Mi madre, la señora viuda de Vidal, fue muy convincente en sus alegatos. Desde el principio dejó bien claro que ni mi pavor al mar, ni mis mareos, ni mis migrañas, ni mi astenia, ni el asma, ni mis ataques de melancolía le iban a impedir cobrar aquella fortuna, si bien ella se eximió oportunamente del viaje.

- No son más que pamplinas y remilgos- y como no me veía muy convencido concluía entre grandes lágrimas -lo que pasa es que no me quieres- me miraba disimuladamente por encima del pañuelo- ¡con todos los sacrificios que yo he hecho por ti, y tú me niegas esta tontería!.

He de decir que me sorprendió negativamente la nueva actitud que tomó respecto a mis debilidades físicas, pues hasta el momento siempre me había reconvenido ha evitar los excesos y las fatigas, fomentando los paseos vespertinos para acompañarla a misa como única distracción, alentándome a relatarle con todo lujo de detalles la evolución de mis padecimientos, y a visitar frecuentemente al facultativo de la familia, un hombre que me recetaba infinitud de remedios ineficaces, un hombre, todo he decir, de mucha confianza, de los de toda la vida.

A pesar de ello como siempre he sido un buen hijo, cabal y dúctil, accedí.

Las dificultades en el desempeño de mi misión no hacían sino acrecentarse cada día, así resultó que debía esperar en Nofuentes seis meses a que arribara el barco que me devolviera a mi patria y al sosiego del abrazo materno. Sólo conocer la noticia sufrí una jaqueca que me tuvo postrado en la cama una semana.

En la hacienda, Severo había propagado el rumor de que yo únicamente era un aparecido, y a pesar de lo ridículo de tal conjetura, la idea pareció cuajar en las rústicas mentes de los demás empleados; hasta el punto de que todos rehuían fervoro-

XXIII Certamen Narrativa

sos mi presencia, aparecían extraños muñecos y variados aditivos alimenticios debajo de mi lecho, un olor céreo impregnaba la casa, y se concentraban, creyendo que yo lo ignoraba, a la puerta de mi cuarto para persignarse y rezar mientras escuchaban horrorizados, aunque interiormente regocijados, los jadeos y estertores que producía buscando bocanadas de aire con que subsistir al asma.

A pesar de su extraño comportamiento no pude presentar ninguna queja, pues la comida aparecía succulenta y puntual en la mesa, mis trajes limpios, las camisas almidonadas, y la hacienda aseada, además aunque hubiera querido no hubiera sido posible pues vivía rodeado de seres invisibles.

Hacía ya un mes de mi advenimiento cuando el notario encargado de los tramites de la herencia me sugirió que fuera al baile que se celebraba para festejar la República. A pesar de mis múltiples objeciones me indicó que era la manera más eficaz de trabar contacto con otros terratenientes a quienes pudiese interesar adquirir mi hacienda, y añadió, bajando la voz, para desmentir un enojoso chisme que circulaba sobre mi persona.

Durante los tres días que restaban para el festejo varié de opinión constantemente, mi mente urdía e imaginaba situaciones sin cesar, casi todas con un final desastroso, por lo que no terminaba de decidirme. En esas estaba cuando después de remolonear, sin apetito, por la comida preparada por la cocinera intangible entré en mi alcoba para disfrutar de una siesta que me aliviara del calor y la pesadez del mediodía.

Cuál fue mi sorpresa al encontrar encima del lecho un esmoquin impoluto con un ligero vaho de alcanfor. Aquello puso fin a mis disquisiciones y reparos, mi etéreo personal había tomado la decisión por mí.

Mi llegada al salón se produjo adornada por un ligero ataque de asma debido a la excitación de bajar la gran escalera de mármol curvilínea saeteado por todas las miradas.

Meforcé, por relajarme, compuse mi mejor sonrisa, francamente pobre, mientras intentaba controlar los estertores, y busqué desesperadamente, aunque de una forma que quería parecer casual, con la mirada al notario. Entonces la vi.

Bailaba como si nadie la viera, como si estuviera sola, como si se encontrara en medio de un fragante prado bajo la lluvia.

Llevaba un blanquísimo vestido de vuelo adornado por sangrantes amapolas, sus brazos extendidos parecían abarcar el infinito, la cabeza de ojos cerrados ladeada y el negro pelo cayéndole en cascada. Rezumaba paz.

Yo me hallaba extasiado observándola, nunca hasta entonces había comprendido el concepto de libertad, cuando sucedió: en uno de sus armoniosos giros paso a mi

XXIII Certamen Narrativa

lado, y de manera fortuita las bellas puntas de sus dedos me rozaron. Fue un contacto leve, ella ni siquiera lo advirtió, sin embargo en mi se obró un milagro, un milagro que Neruda años más tarde describiría perfectamente: hizo conmigo lo que la primavera con los cerezos.

En ese preciso instante supe que mi vida ya no me pertenecía.

- Está usted aquí, he estado buscándolo.

El notario me hablaba, pero yo no lo entendía. Debí de pensar que era aun más necio de lo que aparentaba.

- ¿Quién es?.

Sin comprenderme siguió mi mirada y tropezó con ella.

- ¡Ah, es Amanda, la bella!

Lo dijo como si con sólo pronunciar su nombre todo cobrara sensatez, ¿acaso era yo el único que encontraba extraño aquel despliegue de fresca osadía, que advertía aquel anacronismo?.

Me condujo, casi a empujones, pues mis pies se negaban a abandonarla, a la sala de juntas. Sentados alrededor de la mesa, ocupados con sus copas de brandy y sus habanos se hallaban las fuerzas vivas, los caciques de la comarca, y presidiendo la reunión desde la pared, en el centro de los retratos, se hallaba mi tío, el prohombre.

El parecido era algo más que razonable, y me excusé y solidaricé, mentalmente con Severo, y sus secuaces.

La reunión terminó enseguida, les expliqué que acababa de tomar la decisión de no vender, ratificando mi fama de botarate y extravagante, aunque con ello gané varios partidarios pues en esa región parecía ser precisamente la normalidad lo más reprobado, y con los años y el trato puede comprobar las excentricidades de esos caballeros.

Cuando regresé al salón Amanda ya no estaba, pero eso ya lo sabía pues había notado un tirón en el corazón cuando se alejó.

A la mañana siguiente me desperté, con un optimismo impropio de mi temperamento, y que achaqué a su contacto, también advertí, casi asustado, que por mucho que me esforzara no notaba ni rastro de jaqueca, y esa situación no se producía desde mi más temprana juventud.

Amparado por tan buenos augurios llegué al comedor entonando la pieza que tocaba la noche anterior la orquesta, y para mi sorpresa allí se encontraba una muje-

XXIII Certamen Narrativa

ruca de edad incierta y color moreno vestida de un amarillo chillón que se presentó como Candela, la cocinera intangible. Por lo visto mi asistencia al baile había servido como revulsivo contra las memeces de Severo.

Aquella misma tarde, ataviado con un traje de color crudo sacado del armario del prohombre, pues todos los míos eran negros, y portando una enorme caja de bombones me presenté en el domicilio de Amanda. Por la mañana había bastado una visita a mi amigo el notario para averiguar su dirección y estado civil.

No me hacía muchas ilusiones, convencido de que rechazaría diariamente a miles de pretendientes, y sabedor de mi modesto porte y escasas habilidades sociales.

Su padre, un señor enorme, como un armario ropero, portador de una ostentosa barba y al que recordaba de la nocturna reunión, me recibió al pie de una chimenea encendida, hecho insólito en agosto, pero que no me extrañó, pues me estaba integrando perfectamente en Nofuentes. Una vez hechas las presentaciones no quise entrar en divagaciones y le expliqué, sin ambages el motivo de la visita: solícito vehemente la mano de su hija.

En sus ojos titiló un destello de alivio que me turbó por lo equívoco.

Me escoltó hasta el jardín en que se hallaba Amanda, la bella, y me deseó suerte. Me dirigí hacia ella decidido y con paso firme, pero, conforme su perfil cobraba nitidez, regresaron en toda su plenitud mi flaqueza e inseguridades provocándome un nuevo ataque de asma. Aun así me senté a su lado en el banco, y aun comprendiendo la extravagancia, o más bien locura, de requerir en matrimonio a una persona con la que nunca había dialogado, y de que dicha persona, para la que no existía, consintiera, lo hice. En Nofuentes nada parecía disparatado.

Ella me miró fijo con sus enormes ojos y permaneció así un buen rato, sin decir nada, absorta, y sin que yo comprendiera su actitud, llegué a considerar que se había adormecido, hasta que finalmente acarició con su mano mi mejilla, haciendo que desaparecieran la opresión del pecho y los estertores, y por primera vez me permitió escuchar su voz.

- Bueno.

Al participárselo al armario ropero volví a encontrar en sus ojos, mezclados con el quebranto y la pesadumbre por la pérdida, el alivio, el desahogo del que deja de soportar una pesada carga, y además lo hace con la conciencia tranquila.

La boda se celebró al mes siguiente, pues no encontramos ningún motivo para retrasarla. Mamá no pudo asistir, en su carta incluso se mostró un tanto insolentada por mi decisión, y ni siquiera se interesó por mis dolencias, lo cual, he de confesar, me contrarió más que lo primero.

XXIII Certamen Narrativa

Aquella primera noche marcó la pauta para nuestras futuras relaciones. Yo me retiré, prudente, a mi alcoba para que ella realizara sus preparativos sin coerciones, y cuando regresé la encontré desnuda e impertérrita encima del tálamo nupcial, en el suelo, ovillados, aparecían los castos camisones bordados de su ajuar.

Un sofoco me cubrió el rostro al contemplar la escena, avergonzado emprendía la huida cuando sus manos y sus ojos me llamaron. Me arrellané a su costado y todo fue tan sencillo como debió de serlo entre el primer hombre y la primera mujer.

Al terminar se acurrucó, desnuda como estaba, a mis pies, como si en vez de mi esposa fuera mi dogo, y se quedó inmediatamente dormida.

Amanda impuso sus rutinas y todos nos amoldamos satisfechos de poder convivir con un ser tan hermoso. Aunque pronto comprendimos que ella no era como los demás tampoco nos importó demasiado, nos pareció un justo precio a pagar por tanta belleza.

Candela, que tan gravosamente me hizo sufragar su aceptación, delegó sus quehaceres de cocinera y se convirtió, venturosa y sin que nadie lo solicitara, en su niñera. A cambio recibía abrazos y besos a voluntad.

Amanda, la bella, apenas hablaba, pero no era necesario pues sus ojos lo decían todo por ella, los habitaban todo tipo de expresiones: la de alguien cogido en falta y que quiere hacer como si no; la de quien sabe más de lo que tiene intención de decir, y quiere, pícaro, que se le note; la de quien se sabe especial porque posee algo valioso y único; la de rabiosa alegría, y ¡hay!..., también la de quien conoce el peor secreto, aquél que no debería de existir.

Cada noche acudía a mi alcoba, rechazando la que la decencia le había asignado, se acurrucaba de nuevo a mis pies, y yo al verla allí, intrínsecamente voluptuosa, y como sea que a ella tampoco parecía desagradarle, la cubría carnalmente, como deben hacer los esposos.

Sus fluctuantes estados de ánimo marcaban el ritmo de la hacienda. Nuestra única ocupación era conseguir que nada enturbiara su alegría, impedir que su mirada se emborronara y cayera en uno de sus mutismos, en esas ocasiones su vista se perdía y alternaba periodos de quietud cerúlea, con otros de incesante y psicótico balanceo, adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás, una y otra vez, sin importarles que su cabeza golpeará las paredes, llegando incluso a autolastimarse, mientras un quejido opresivo surgía de sus entrañas.

Cuando entraba en uno de esos intervalos la única ayuda que podíamos ofrecerle era la soledad, dejar que el tiempo restableciera la calma. Toda la hacienda se nublaba con su tristeza, su clamor inundaba las estancias penetrando hasta los corazones,

XXIII Certamen Narrativa

el desgarró que nos provocaba su sufrimiento hacia que nos volviéramos hostiles e iracundos, el sol palidecía y todo salía encontradamente.

Yo aún me felicitaba por haberla desposado, sus momentos de alegría, aquellos en que canturreaba, corría libre por los campos, bailaba como la primera noche y en que no quería separarse de mi ni un momento, me llenaban.

Todavía no lamentaba haberla conocido.

Ella ni siquiera se percató, fuimos los demás los que comprendimos que algo anormal ocurría, sus lapsos de pesadumbre, término con que piadosamente nos referíamos a sus ataques, se hicieron más frecuentes y duraderos, persistiendo hasta tres días.

El dictamen del doctor Morantes, el galeno que la había cuidado desde su alumbramiento, fue contundente, estaba grávida.

Yo me sentía orgulloso, como cualquier tirador con buena puntería, Amanda, más bella si cabe, lloraba de dicha, su padre, a su lado, también, aunque al descubrir su desesperación sospeché que lo hacía por algún motivo que se me escapaba.

La gestación la laceraba, la excoriaba, era como si en su centro en vez de estar desarrollándose un bebé lo estuviera haciendo una culpa, una culpa enorme y negra que la iba desgastando, arrancándole uno a uno todos los motivos de gozo, las pequeñas alegrías diarias, dejándole sólo un reguero de miserias, sembrándola de infortunios y cambiando sus recuerdos por malaventuras que la abocaban a olvidarnos, a desinteresarse por el mundo exterior, a hundirse en su soledad, en su mutismo.

Sus ojos ya no miraban, aquel quejido opresivo era el único sonido que pronunciaba, el que ahora revoloteaba en nuestras arrolladas mentes.

Morantes cambiaba miradas de entendimiento con mi suegro, luego ambos callaban. Nos recomendaba que tuviéramos paciencia, que tuviéramos fe, que tuviéramos entereza..., no comprendía nada, no comprendía que para sobrellevar cada día no necesitábamos tener nada más, sino que nos quitaran, el problema era lo que nos sobraba no lo que faltaba.

Y lo que nos sobraba, a todos los moradores de la hacienda convertidos en uno solo por su causa, era amor, pero amor con mayúsculas, amor con devoción, con pasión, con afecto, con adhesión, en definitiva: amor irracional. Y era ese amor y la impotencia lo que nos estaban desgarrando, dejando exánimes, los que nos estaban minando las fuerzas, los que nos hacían llorar, gemir y patalear, y clavarnos las uñas hasta hacernos sangre por no llegarnos hasta ella y saldar de una vez su padecer.

- ¡Ojalá ese hijo nunca hubiera sido engendrado!- aullé, poniendo las palabras que ninguno se atrevía.

XXIII Certamen Narrativa

Mi suegro se me acercó, y en vez de propinarme la bofetada que tal injuria merecía apoyó una de sus manazas en mi hombro.

- Será una hembra.

Sus palabras me sobrecogieron, no sé si por la seguridad, por el carácter de sentencia que poseían, o si por el tono de fatalidad que les imprimió.

El semblante de Morantes, mientras salía de la habitación secándose las manos, silenciaba las palabras. Me precipité en la alcoba temiéndome lo peor, y allí, sobre el lecho, cubierta por una frazada por primera vez desde que la conocía, se aletargaba Amanda. En su rostro brillaba el regalo de su sonrisa.

A su lado reposaba el fruto de su vientre, mi hija, una nena envuelta en una toquilla plagada de opulentos encajes y cabos rosas. Al apartar el embozo me encontré con la criatura más parecida a Amanda que pudiera concebirse.

Acerqué, cauto, uno de mis dedos a su mejilla, y ella al sentir la tibieza del contacto abrió los párpados e intentó enfocarme con sus ojos todavía ciegos y de un azul traslúcido, mientras su rostro se iluminaba de satisfacción, y ése fue el momento en que anidó en mi un, hasta entonces desconocido, inclemente, fiero y omnipotente sentimiento de posesión, que ya nunca me habría de abandonar y que regiría desde entonces todos mis actos.

Comprendí que, sin mediar razón aparente que lo dilucidase, el amor que sentía por la madre se había engrandecido y transferido a la hija, a aquella hija de facciones perfectas que no era sino una prolongación de la propia Amanda, la bella, y que como no podía ser de otro modo llevaría su mismo nombre. Sentí que se me concedía una nueva oportunidad, una nueva Amanda a la que moldear y en la que enmendar los errores de la primigenia, ¡qué atrevida es la ignorancia!.

El armario ropero había entrado en el cuarto para conocer a su nieta y contemplaba desde la puerta la escena, leía en mi rostro los sentimientos que me embargaban y cabeceaba pesaroso y afligido, tal vez recordaba a aquel otro hombre que había sido él mismo hacía veintidós años y contemplaba como el mundo es un esférico que gira sobre sí mismo y todo tiende a repetirse, que ciertamente no hay nada nuevo bajo el sol.

Al igual que yo, todos los habitantes de la hacienda, se volcaron en la recién nacida Amanda, en nuestra Amanda, como la llamábamos, porque eso era lo que sentíamos, que ésta sí que era por completo nuestra, como si todos hubiéramos contribuido a su presencia en la tierra.

XXIII Certamen Narrativa

Nos amoldamos a la nueva rutina, todo se desarrollaba moderadamente bien hasta aquella tarde de estío, tan parecida a esa otra en que consintió ser mi esposa. La atmósfera pesaba de tan cargada y traía olor a mies recién cortada, el calor era sofocante, todo permanecía estático, sin osar moverse, suplicando una brizna de aire que aliviara la opresión.

Subí al cuarto de Amanda, la bella, a ver cómo se encontraba. Desde el parto había entrado en una nueva fase de su enfermedad, en la peor, sólo aceptaba mi contacto, si otra persona intentaba aproximarse se tornaba muy violenta.

Al penetrar en la habitación en que vivía recluida esperé un momento a que mi vista se adaptase a la semioscuridad imperante para evitar el bochorno, y aprovechó ese instante para atacarme, se lanzó sobre mí con la furia de un animal herido. Fui una presa fácil, me encontraba aturdido por lo inesperado, y cuando quise defenderme me había derribado sentándose a ahorcadas sobre mi estómago, ni siquiera podía verle el rostro pues se lo tapaban las alborotadas guedejas de cabello.

Chillaba agudamente, me arañaba e incluso clavó sus dientes en mi mano, yo me sentí presa del pánico, nunca he destacado por mi virilidad, y comencé a sufrir uno de mis olvidados ataques de asma. Mis estertores debieron de sugerirle una idea, y abandonando sus otras destructivas actividades, se concentró en estrangularme.

Me salvó un milagro, un milagro con nombre propio: Severo, que acudió presuroso al escuchar los gritos acompañado de dos peones.

El doctor Morantes compareció con su lustroso maletín de médico de ricos y con mi suegro. Éste, por segunda vez, apoyó, paternal, su mano en mi hombro, sin poder apartar la vista de las moraduras, con forma de dedos de Amanda, de mi cuello y supe que por fin iba a hablar.

Lo hizo con la cabeza baja, avergonzado, aunque yo en ningún momento me había sentido engañado, yo amé a Amanda, la bella, en su totalidad.

Me relató la historia de la casta de mi mujer, una casta en la que la belleza y la locura, era la primera vez que alguien pronunciaba la temida palabra, viajaban por vía femenina. Nacían sentenciadas a redoblar las mismas pautas, a recaer en los mismos errores generación tras generación, a despertar pasiones arrobadoras como las nuestras, y a parir hijas que les hurtaban el poco seso que tenían desde el momento en que eran engendradas, abocándolas a una muerte sin remedio, como si fuera imposible que dos coexistieran, que se solaparan los amores.

Comprendí el dolor que lo había acompañado durante años, no era bueno saber el triste destino que le espera a una hija. Pensé, qué fue de su esposa. Debí de pronunciarlo en voz alta pues obtuve respuesta.

XXIII Certamen Narrativa

- Creí hacer lo correcto al no separarme de ella, como tú, y cometí un error, dejé que la piedad nublara mi entendimiento y lo pagué bien caro.

Buscó, suplicó con la mirada la ayuda de Morantes.

- La madre de Amanda puso fin a su vida al año de hacer esta -continuó el docto galeno- lanzándose contra el espejo de la alcoba en que permanecía encerrada. Hicieron una pausa en sus discursos, la fatalidad pesaba.

- Amanda -continuó Morantes- padece histeria, una enfermedad exclusivamente femenina que proviene de perturbaciones del útero, afortunadamente se están probando varios tratamientos -pausa para que asimilara la dolorosa información- lo mejor sería trasladarla a un centro donde pudiera ser debidamente atendida.

- Es tu decisión, claro -se apresuró a rubricar mi suegro-

Era mi decisión, mi responsabilidad, se hallaba bajo mi cargo, yo era el que había jurado ante Dios protegerla, cuidarla, honrarla y respetarla, comprendí por fin el alivio que adiviné en los ojos de mi suegro cuando la penosa obligación, que sabía que estaba por venir, dejó de ser de su incumbencia.

Cuando se retiraron me refugié en la biblioteca, y a pesar de ser verano encendí, sin reparar en la coincidencia, la chimenea. A partir de entonces nada calentaría la escarcha de mi corazón, aunque ya no volvería a apagarla.

Amanda, la bella, ingresó en una casa de orates. Se trataba de una finca al borde del océano, para que los enfermos disfrutaran de los beneficios de la brisa marina, compuesta de varios edificios que se abrían a un hermoso prado en el que se disponían tumbonas, sillones y mesas de mimbre para propiciar el reposo. Podría haber pasado por una hacienda sino hubiera sido por las numerosas enfermeras de níveos uniformes almidonados y cofia, y por la espadaña que advertía, campanil, de la evasión de alguno.

Un único propósito me movía, desligar a nuestra Amanda de su cruel destino, y para ello recurrí al método más extremo: supliqué a mi madre su ayuda, y ella accedió, finalmente dueña de la hacienda al no tener una nuera rival, a disfrutar de su merecido papel de señora.

Su presencia fue como un bálsamo para mí, la férrea disciplina que imponía a la niña, heredada de generaciones de inflexibilidad, para escándalo de Candela, era lo que yo buscaba. A cambio le concedí todo, todo excepto volver a convertirme en un desvalido enfermo al que cuidar.

Transcurrieron nueve años en un suspiro. Fueron buenos años, la hacienda prosperaba y nuestra Amanda, que ya empezaba a ser conocida como Amanda, la bella,

XXIII Certamen Narrativa

no daba señales de seguir la tradición familiar. En cuanto a su madre su recuperación era inequívoca, los calmantes y drogas que le suministraban habían conseguido sosegarla, aunque dejaban en su rostro una boba sonrisa y la aletargaban. Cada día me felicitaba por lo acertado de mi decisión al ingresarla.

Cumplía con mi deber mensualmente, y en las últimas visitas su mirada, aquellos ojos que todo podían expresarlo, me habían reiterado un ruego silencioso: conocer a su hija. Y no encontré ningún motivo para negárselo.

Nos condujeron al prado, y allí, con un bonito vestido malva y sus negros cabellos recogidos con una apretada cinta nos esperaba Amanda, la bella.

Se miraron durante un instante y sin haberse visto antes se reconocieron.

Ellas dos, tan iguales que parecían una, se fundieron en un abrazo, y yo hube de sacar un pañuelo para no dejar traslucir mi emoción. Se sentaron una frente a la otra, sin soltarse las manos, y todo se lo dijeron sin palabras, mientras a mí, egoísta, me dolía aquella exclusión, aquel pertenecerse que ni el tiempo separadas les había podido robar.

Reclinado en la tumbona el tibio sol me acariciaba la tez, me hallaba cansado del traqueteo del largo viaje y debí adormecerme. Me desperté sobresaltado, un negro presentimiento había emponzoñado el sueño.

Las busqué con la vista y las descubrí, asustado, cogidas de la mano al pie del acantilado, Amanda, la bella, con los cabellos ya libres giró la cabeza y me miró, detenida, y ojalá nunca hubiera visto sus ojos.

Corrí desenfrenado hacia ellas, sin reparar en obstáculos, y cuando ya mi mano las alcanzaba ocurrió, saltaron al vacío. Las vi caer, las faldas y enaguas almidonadas acampanándose, meciéndolas en su busca del infinito, en aquel último baile, para después levantarse cubriéndoles los rostros, vi como el mar las reclamaba y como ellas se sumergían en todo aquel azul, desapareciendo, convirtiéndose también ellas en océano.

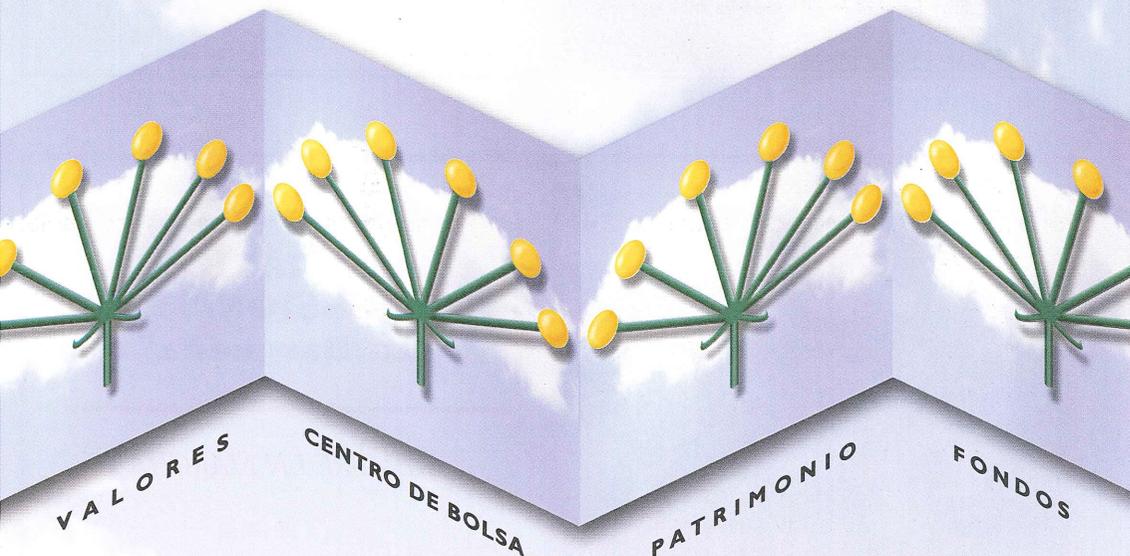
En mis ojos, para siempre, para no hallar jamás el descanso, su mirada, la mirada del que sabe que va a realizar un mal imprescindible, y aun así pide perdón.

Dedicatoria: *“Para Nieves, siempre viva en los corazones de los que te quisimos”.*

María Luisa Frisa García

TRABAJO GANADOR DEL XXIII CERTAMEN LITERARIO DE NARRATIVA GENERAL 2001

MUCHOS YA HAN RECOGIDO LOS MEJORES FRUTOS



El Centro de Bolsa, Valores, Fondos y Patrimonio de Caja Rural de Toledo se ha convertido, en tan sólo un año, en el mayor centro de negocios de la provincia, por la seriedad, calidad, y rapidez de sus servicios.

Gestoras de Fondos, particulares y otros muchos ya han recogido los mejores beneficios gracias a este eficaz punto de información bursátil.

Estamos muy satisfechos de los resultados obtenidos y vamos a más.
POR USTED... PARA USTED.

Infórmese

Calle Comercio, 52. Toledo (esquina a Plaza de Zocodover)

o en cualquiera de nuestras sucursales

bolsa.toledo@cajarural.com



**CAJA RURAL
DE TOLEDO**

Un paso adelante

Asociaciones y Agrupaciones



HERMANDAD STMO. CRISTO DE LA SALA

*TRADICIÓN
Y
SENTIMIENTO*



ASOCIACIÓN DE PENSIONISTAS "La Bargaña"

SIEMPRE EN MARCHA



ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE LA CALVA

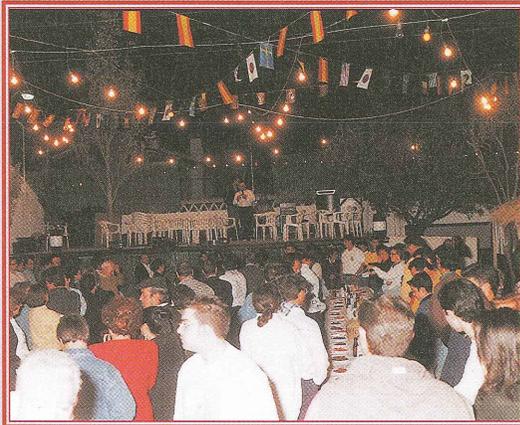
*CONSERVANDO NUESTROS
JUEGOS TRADICIONALES*

Asociaciones y Agrupaciones



AGRUPACIÓN DE VOLUNTARIOS DE PROTECCIÓN CIVIL DE BARGAS

*¿CONTAMOS CONTIGO?
¡VEN Y CONÓCENOS!*



PEÑA “La Viga”

¿ LA PEÑA DE TODOS !



PEÑA CICLISTA BARGAS

*¿ POR LA UNIÓN, LA AMISTAD
Y EL DEPORTE !*

Asociaciones y Agrupaciones



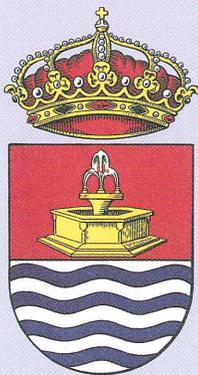
FUTBOL SALA BARGAS

CON EL DEPORTE



AGRUPACIÓN GALGUERA "San Esteban"

LES DESEAN FELICES FIESTAS



AYUNTAMIENTO DE BARGAS

DISFRUTEN ESTAS FIESTAS

PROGRAMA DE ACTOS

Fiestas en Bargas

VIERNES, DIA 31 de Agosto

21:00 noche

XIV Recital de Poetas Bargeños (Pza. Constitución).

DOMINGO, DIA 2 de Septiembre

12:15 mañana

SUBIDA DE LA CRUZ, amenizada con limonada, cacahuets y la Banda de Música "Benito García de la Parra" de Bargas. Al término de la Subida de la Cruz se dispondrá una mascletá.



18:00 tarde

ESPECTÁCULO TAURINO (ver programa).

21:00 noche

NOVENAS: En honor del Stmo. Cristo de la Sala (del 5 al 13).

Al finalizar las novenas de:

Día 7 (Viernes): Proyección de una película infantil.

Día 8 (Sábado): Espectáculo infantil.

LUNES y MARTES, DIAS 3 y 4 de Septiembre

18:00 tarde

Clases de colocación del Mantón de Manila. En la Casa de Cultura (Sala Polivalente).

DOMINGO, DIA 9 de Septiembre

09:00 mañana

Final Senior TROFEO CALVA (Campo de Tiro de Calva).

09:30 mañana

TIRO DE CODORNIZ. A beneficio del Stmo. Cristo de la Sala. (Ver programa aparte).

Fiestas en Bargas

MIÉRCOLES, DÍA 12 de Septiembre

21:00 noche

CONCURSO GASTRONÓMICO (Ver programa aparte).
CONCURSO DE EMBELLECIMIENTO DE CALLES.

22:30 noche

DANZA ESPAÑOLA. Compañía "ARRIERITOS": *"Todos los gatos son pardos"*.
Espectáculo para seis bailarines en el que se refleja también la identidad artística en el sentido de mestizaje y encuentro de disciplinas.

JUEVES, DÍA 13 de Septiembre

19:00 tarde

XXIII CROSS POPULAR.



22:30 noche

PEROLADA (Cena de Hermandad), en C/ Arroyada, organizada por las Peñas, Asociaciones y Hermandad, a la que quedan invitados todos los vecinos.

23:00 noche

VERBENA POPULAR, en la Pza. de la Constitución a cargo de la Orquesta "VERDE ROSA".

Fiestas en Bargas

VIERNES, DIA 14 de Septiembre

19:30 tarde

OFRENDA FLORAL AL STMO. CRISTO DE LA SALA, ofrecida por los niños y niñas de la localidad, ataviados con los trajes típicos de nuestro pueblo. Acompañados de la Banda de Música Benito García de la Parra.



21:30 noche

INAUGURACIÓN OFICIAL DE LAS FIESTAS

*Julián Rodríguez de la Pica Ontalba**, actuará como pregonero de las fiestas.

Seguidamente se procederá a la proclamación Oficial de las Reinas y Damas de Honor.

Finalmente el Sr. Alcalde procederá al acto de PUESTA DEL PAÑUELO DE HIERBAS y dará orden de quemar el CHUPINAZO (organizado y patrocinado por Peña "La Viga") que será la señal del comienzo de las fiestas.

A continuación se llevará a cabo el XVIII CONCURSO DE CARROZAS, desfilando en el mismo nuestras Reinas y Damas de Honor de las Fiestas con reparto de caramelos.

Durante el desfile la Peña "La Viga" aportará una fuera de concurso, así como el famoso "Carrito de los Helaos" desde donde se distribuirán caramelos y limonada.

Finalizado el desfile se procederá a la entrega de premios del Concurso de Carrozas en el local de la Peña "La Viga" (C/ Arroyada).

00:30 noche

VERBENA POPULAR en la Pza. de la Constitución a cargo de la orquesta "LA TANDEM".

* Julián Rodríguez de la Pica Ontalba, nació en Bargas el 23 de Mayo de 1910. A los 18 años se trasladó a Madrid para ejercer la profesión de tratante de ganado. Funcionario del Ministerio de Industria desde 1940 a 1980. Colaborador como crítico taurino en prensa, radio y televisión (La Voz del Tajo, El Día de Toledo, Radio Nacional en Toledo, Cadena Ser, Cadena Getafe, Radio Fuenlabrada, Cadena 33 TV)

Fiestas en Bargas

SABADO, DIA 15 de Septiembre

09:00 mañana

ENCIERRO (por el sitio de costumbre, C/ Arroyada)

Todos los encierros comenzarán a la suelta de 3 cohetes.

La Peña "La Viga" obsequiará a todos los vecinos y asistentes con sardinas saladas y vino del "Carrito de los Helaos".



13:00 tarde

XIX EXPOSICIÓN DE ARTISTAS BARGUEÑOS.

Del 15 al 18 el horario será de 12:00 a 14:00 horas y de 21:00 a 23:00 horas.

Del 19 al 23 el horario será de 12:00 a 14:00 horas y de 18:00 a 21:00 horas.

18:00 tarde

CORRIDA DE TOROS (Ver carteles aparte)

21:00 noche

Solemne MISERERE en el que actuará la Coral Parroquial de Bargas y la Banda de Cornetas y Tambores de Bargas.

Una vez finalizado el mismo se procederá a la típica quema de la LUMINARIA Y CASTILLOS DE FUEGO.

00:00 noche

VERBENA POPULAR en la Pza. de la Constitución amenizada por la orquesta "LA TRIBU".

01:30 madrugada

PÓLVORA. Tradicional quema de fuegos artificiales en la C/ Arroyada a cargo de la Pirotécnica "LA SAGREÑA".

Fiestas en Bargas

Tercer Domingo de Septiembre

(9 noche)



Procesión del Stmo. Cristo de la Sala

Fiestas en Bargas

DOMINGO, DIA 16 de Septiembre

09:00 mañana

ENCIERRO (por el sitio de costumbre, C/ Arroyada).

11:00 mañana

Solemne MISA MAYOR con la actuación de la Coral de RTVE.

Al término de la misma se realizará una mascletá en la puerta de la iglesia.

13:00 tarde

CONCIERTO en la Pza. de la Constitución.

17:00 tarde

BECERRADA (Ver programa aparte).

21:00 noche

PROCESIÓN DEL STMO. CRISTO DE LA SALA, tradicional procesión que será acompañada en su desfile por las bandas de música de la localidad: "Santa Cecilia", "Benito García de la Parra" y "Cornetas y Tambores".

Una vez finalizada la misma se procederá a la quema de una bonita colección de FUEGOS ARTIFICIALES a cargo de la Pirotécnica "LA SAGREÑA".

00:00 noche

VERBENA POPULAR en la Pza. de la Constitución a cargo de la orquesta "VENECIA".

Fiestas en Bargas

LUNES, DIA 17 de Septiembre

09:00 mañana

ENCIERRO (por el sitio de costumbre, C/ Arroyada).

12:30 mañana

CONCIERTO en la Pza. de la Constitución a cargo de la Banda de Música "Sta. Cecilia".

18:00 tarde

CORRIDA DE TOROS (Ver programa aparte).

23:00 noche

VERBENA POPULAR en la Pza. de la Constitución a cargo de la Orquesta "MONTECARLO".

MARTES, DIA 18 de Septiembre

08:00 mañana

CARRERA DE GALGOS en el paraje de la "Lagunilla". (Organizada y patrocinada por la Agrupación Galguera San Esteban).

10:00 mañana

PARQUE INFANTIL. Sesión de mañana (Tren neumático, hinchables y demás atracciones).



13:30 tarde

PAELLA para todos los vecinos en la Pza. de la Constitución.



18:00 tarde

BECERRADA. Tradicional festejo taurino organizado por la Junta Protectora del Stmo. Cristo de la Sala donde participarán las mozas y mozos de la localidad.

Fiestas en Bargas

MARTES, DIA 18 de Septiembre (Continuación)

22:00 noche

VERBENA POPULAR en la Pza. de la Constitución a cargo de la orquesta "BELISSIMA"

00:00 noche

CHUPINAZO FIN DE FIESTA en C/ Arroyada. Organizado y patrocinado por Peña "La Viga".

MIERCOLES, DIA 19 de Septiembre

18:00 tarde

Solemne funeral ofrecido por la Hermandad del Stmo. Cristo de la Sala por todos los hermanos fallecidos (Si el tiempo no lo impide se celebrará en el cementerio).

DOMINGO, DIA 23 de Septiembre

18:00 tarde

TEATRO INFANTIL. Compañía "Creando sobre Tablas". (En la Casa de la Cultura).

El Ayuntamiento se reserva el derecho de realizar cualquier modificación o alteración de este programa oficial, por causas imprevistas.

Fiestas en Bargas



ENCIERRO EN "LAS ERAS" Años 80

XXIII Certamen Narrativa

LA CASA HABITADA

Parece mentira observar cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo. Cuando visito la vieja casa de la abuela me cuesta un esfuerzo enorme imaginar en ella su antigua distribución; los tamaños tan grandes en el recuerdo no tienen cabida en estos otros tan pequeños, y las dependencias de antes parecen desaparecidas cuando intentas ubicarlas en el espacio que ocupaban antes. ¿Dónde están aquellos inmensos escalones inmersos en su desafiante escalera de caracol a los ojos de un niño como yo, que perdía la mirada asomándose hacia arriba desde su comienzo, analizando sus retorcidas formas?. En su lugar, escaleras ahora completamente rectas formadoras de rellanos se muestran ante mis ojos también ahora perplejos por su desaparición.

Recuerdo nítidamente la puerta de entrada, de madera rojiza resquebrajada por el tiempo; debías aporrearla con fuerza para que lo oyeran arriba y echaran la llave envuelta en papel a la calle; y aquel suelo desgastado en el que mi abuela y mi madre se arrodillaban empapándole con trapos blancos y rellenando sus grietas con el agua; el olor de ese agua en contacto con el suelo también permanece en mi nariz, mezclándose con el olor de la masa y el aceite. También es cierto que cada estancia de la casa olía de manera diferente y cada rincón tenía uno propio, como si hubiera sido algo premeditado el separar los ambientes del trabajo y del hogar. Los niños de los mayores, lo vivo de lo muerto, o lo habitado de lo deshabitado.

El mostrador de la churrería se situaba justo enfrente de la puerta de entrada, con un brillo metalizado cubierto continuamente por los trapos blancos de mi abuela, una y otra vez, hasta que su resplandor, al contacto con la luz del sol, podía cegarte los ojos. Ahora comprendo la extraña obsesión de mi abuela por limpiar la casa hasta dejarlo todo “como los chorros del oro”, y por los trapos y mandiles limpios “como el jasje”.

Detrás del mostrador, a la izquierda, se encontraba la gran sartén con aquel gran fogón del que debías mantenerte lo más lejos posible. A la derecha, una pequeña pila donde se llenaban los cubos de agua. El interior del mostrador estaba hueco, y siempre lleno de bolsas amontonadas y utensilios diversos, y juncos, muchísimos juntos para el despacho de churros.

Tras el mostrador, tres escaloncillos conducían a la parte trasera ocupada por los sacos de harina y los enormes cuencos de metal donde se hacía la masa. Yo lo recuerdo como “el cuarto blanco” porque todo parecía estar impregnado de blanca harina y un fuerte olor característico y único de la masa de los churros. Desde allí se esparcía por el resto. Y desde allí, dando media vuelta te encontrabas de frente con el comienzo de la temible escalera.

XXIII Certamen Narrativa

No sé qué tenía la casa de la abuela que toda ella, cada rincón, asaltaba la imaginación fantástica de un niño al que le gustaba poner en práctica todo tipo de juegos en un ambiente tan misterioso. Comenzabas a subir y en la primera planta alargada hacia un balcón sólo existía un largo sillón, unas mesas y algunas sillas. Yo sabía que era allí donde había estado mi tatarabuela acostada en su cama durante toda su enfermedad. Y mucho peor aún, donde había muerto. Así que al pasar por allí, contenía la respiración sin querer mirar este sitio inhabitado desde entonces, sin querer inspirar su olor.

Continuabas subiendo y, a medio camino entre la primera planta y la segunda, veía la puerta cerrada de la habitación de mis abuelos, donde la primacía del mueble sobre el espacio sólo era visible desde la pequeña ventana que comunicaba con la escalera; y tras subir un poco más, respirabas, justo al llegar a la planta donde se hacía la vida. Llegaba allí y estaba a salvo, porque directamente veía a mi abuela trajinando en la cocina, y a alguno de mis tíos arropado en las faldillas del brasero. Nunca había silencio allí, y siempre alguien charlando te avisaba de antemano de que había gente en casa.

Una puerta más continuaba subiendo hacia el desván. Un espacio lleno de viejos arcones, tejado de madera y suelo abarquillado y ondulado, lugar predilecto para los juegos. Allí arriba no te podía tocar el miedo de más abajo, y el sonido de las voces de mi familia tan cerca te hacía sentirte seguro. Además, cada cierto tiempo alguien se asomaba a la puerta para preguntarme a gritos: “¿qué estás haciendo?!”; a lo que yo respondía: “¡jugando!”.

Esta parte de la casa fue la única que nunca se remodeló. Todavía hoy continúa intacta, aunque eso sí, más pequeña que en mis recuerdos. En la parte donde se vivía se respetó siempre su estructura, y aunque fuera revestida con material nuevo no era difícil retroceder en el tiempo y asimilar unos cuantos retoques. Lo peor venía de escaleras para abajo, y estaba claro, como lo está ahora, la pretensión que todos hemos tenido por borrar esa parte de la casa, creyendo que con ello íbamos a terminar también con su maldición. Pero eso no ocurrió nunca.

Después de la jubilación de mis abuelos mi madre pensó en quedarse con la casa, transformando la vieja churrería en un nuevo negocio más acorde con los nuevos tiempos que abandonaban los churros por el croissant; y así fue como acabaron los días de la escalera de caracol, y como la estancia de mi tatarabuela pasó a ser en parte, la única que yo reconocía, servicio de caballeros, y como desapareció de escena también la alcoba de mis abuelos que yo suponía en el de señoras. Aunque a mi mente no le resulta fácil asimilar que de repente estuvieran al mismo nivel... En fin, sigo sin entender nada.

XXIII Certamen Narrativa

La vieja churrería había abierto sus puertas por primera vez en 1830. Un total de cinco generaciones han vendido sus churros y habitado su casa. Y una sola persona ha permanecido en ella conviviendo con las cinco.

Sí. Mi tatarabuela vivió allí con sus padres, después con sus hijos, después con mis abuelos y sus hijos; y después, algunos de los que fuimos sus tataranietos tuvimos la suerte o la desgracia de conocerla después de muerta. Mi madre me contó que su bisabuela había vivido en aquella parte de la casa desde que mis abuelos empezaron a tener hijos, y que al principio subía a estar con ellos durante el día, y se retiraba sólo para dormir. De manera lenta pero progresiva fue dejando de subir porque cada vez le era más difícil el ascenso por las escaleras, y llegó a un punto en que ni siquiera le era posible abandonar la cama. Me contaba cómo iban a verla y ella sacaba su talega de su almohada para darles la paga de los domingos, y como se sonreía cuando alguien pasaba por allí de paso para seguir escaleras arriba.

Por esa manía ridícula de los mayores por esconder secretos a los niños, nadie me había contado directamente el resto de la historia y, de hecho, continúa sin hablarse el tema en voz alta; parece que el susurro es el único lugar donde los misterios familiares tienen cabida, quizás también por la misma manía de esconder la parte oculta del ser humano que no se puede pregonar a voces pero que todos poseemos.

Un día, mientras mi abuela terminaba de limpiar la churrería, me dispuse a subir escaleras arriba de una manera confiada, con la seguridad de que mi madre me esperaba a medio camino de un piso y otro. Supuse su presencia por la simple intuición de que había alguien allí, y sin ningún temor busqué esa presencia al llegar; pero entonces mi cabeza dibujó aquella cama perfectamente, y la figura de una anciana metida en ella que me sonreía. Sin querer dar más rienda suelta a mi imaginación, subí precipitadamente hasta la cocina donde estaba mi madre, mientras gritaba “¡mamá!” para asegurarme su respuesta y con ello mi salvación. Mi madre se dirigió a mi asustada y me preguntó sobre lo que había pasado, por qué gritaba, y, lo que era más sugestivo, qué era lo que había visto. El hecho de que me preguntara eso ya suponía la posibilidad de que yo pudiera haber visto algo, así que mi cabeza ya no podía saber si lo había imaginado o si había sido realidad.

Esta alarma me provocó temor, y eché a llorar desesperadamente, mientras mi madre me abrazaba preguntándome una y otra vez sobre lo que había visto. Cuando al fin pude hablar ella me tranquilizó diciéndome que no me preocupara, que no había sido verdad, sólo que al contarme ella lo de su bisabuela yo habría visualizado la misma escena en mi imaginación. Por supuesto, todo en un lenguaje lo suficientemente sencillo como para que un niño de ocho años lo pudiera comprender:

XXIII Certamen Narrativa

- Vamos a ver, no te imaginas tú con los cuentos de caperucita, el lobo, o los tres cerditos a todos los personajes... Pues lo mismo ha pasado ahora hijo...

Así que sin dar más vueltas al asunto, puesto que al fin y al cabo ya me encontraba a salvo en sus brazos, proseguí mis juegos en el desván, y mi madre su labor en la cocina. Pero desde allí arriba escuché susurrar a los mayores aquella tarde.

No me volvió a ocurrir nada parecido desde entonces. Pero sí es cierto que, a medida que iba creciendo, empecé a coger frases sueltas, siempre en voz baja, después de recibir alguna visita. A veces se lamentaban de su soledad, otras de los años que había permanecido en esa casa, y con el tiempo, como algo completamente asumido, se pasó a dictar sentencia sobre la persona a la que le hubiera ocurrido. Pronto determiné, tras haber fijado la regla, que sólo los malos corrían peligro; por lo tanto yo estaba a salvo. Todos los miembros de la familia traían a sus respectivos amigos, amigas, novios y novias para comprobar si eran de fiar; la tensión se masticaba en el ambiente si habían tenido el suficiente número de citas con la misma persona como para traerla a casa y aquello no sucedía: ¿qué tendrían que ocultar?.

Después las cosas se complicaron. Se comenzó a hablar en el barrio sobre estos hechos y nadie quería entrar a visitarnos. En la casa se prohibió volver a tocar el tema y fingíamos un acoso embustero por parte de los vecinos, y también fingíamos no ver nada al subir las escaleras sin despegar la mirada del suelo. Si algún niño volvía a llorar se le mentía, y nos dirigíamos los unos a los otros con la voz más baja que nunca. La cosa era grave. Todos hablaban de una posible maldición incluso para los consumidores de nuestros productos, y mi abuela comenzó a efectuar terribles limpiezas semanales y diarias en cada rincón para depurar el ambiente de la única manera que ella conocía. Pero no sirvió. Estaba claro que se necesitaba un cambio más radical.

Cuando la casa pasó a manos de mi madre vivimos un periodo bastante tranquilo. La nueva empresa daba sus frutos con la incorporación de nuevas tecnologías que dejaban atrás una buena parte de los sacrificios; incluso en el mundo de la limpieza se facilitaba enormemente el trabajo, de una forma más acorde con los tiempos. Nadie más volvió a arrodillarse para fregar un suelo agrietado en la casa. Y todos suponíamos que con las obras de remodelación se había terminado definitivamente el misterio. No tuvimos noticia de ningún percance en el servicio de caballeros; y la parte de la vivienda por entonces se encontraba sin habitar puesto que nosotros no vivíamos allí.

Los problemas reaparecieron cuando la casa pasó a manos de mi hermano. Recién casados decidieron vivir allí y proseguir con el negocio, puesto que resultaba económicamente rentable tener vivienda y trabajo al precio de uno, a parte de la comodidad que ello suponía.

XXIII Certamen Narrativa

Fue entonces cuando empezaron a explotar vasos, moverse muebles y cosas parecidas, pero siempre en ausencia de mi hermano. Se comenzó a sospechar de ella, y como era de esperar, al poco tiempo se separaron. Sin embargo no ocurrió nada durante el tiempo en que mi hermano continuó viviendo allí sólo, ni cuando yo mismo hice algunas visitas nocturnas con mi entonces prometida y actual esposa.

Hace apenas unos días que hemos concluido todo el papeleo de la casa. Yo quería estar seguro de la decisión de mi hijo antes de tomar cartas en el asunto, así que le aconsejé que vivieran un tiempo juntos al frente del negocio antes del matrimonio -por supuesto las caras de asombro fueron numerosas debido a mi fama de retrógrado redomado- y de comprar la casa a mi hermano. Me confesaron que su intención no era la de casarse, y que se alegraban mucho de mi actitud abierta a los nuevos tiempos.

Llevaban muy poco viviendo allí cuando nos contaron que se había aparecido de nuevo. La pareja de mi hijo subía la escalera recta de rellanos pensando que él la estaba esperando en la planta de los servicios. Cuando llegó allí y le buscó se deformó su visión en un único cuarto alargado con una cama en el medio y con la figura de una anciana dentro que sonreía; al intentar subir más, la escalera parecía retorcerse, así que se apoyó en un enorme escalón para no perder el equilibrio, y llamó a voces a mi hijo mientras continuaba subiendo. Al llegar él le preguntó sobre lo que había visto, y ella, dudando de su imaginación le describió con todo detalle lo que tantas veces había oído de nuestra boca, siempre en susurros. Desde entonces les animé a efectuar la compra de la casa, lo que hemos concluido hace apenas unos días. Con ellos se cumple la quinta generación dentro de la casa. Una sola persona ha convivido con las cinco.

Y parece mentira observar cómo han cambiado las cosas en tan poco tiempo.

M^a Isabel Ralero Rojas

TRABAJO GANADOR DEL XXIII CERTAMEN LITERARIO DE NARRATIVA LOCAL 2001.

XXIII Certamen Narrativa

GORIGORI

Un muerto, que hubiera resucitado en aquel instante, no habría levantado tanto revuelo entre los visitantes del cementerio de Venagua como la llegada de aquel Mercedes negro que estacionó a sus puertas a las diez y media de la mañana del día de Todos los Santos. Las personas que a esa hora llegaban al camposanto con sus ramos de claveles y de crisantemos acunados en los brazos y el rosario en el bolsillo se quedaron de una pieza al ver que se apeaban del vehículo dos clérigos muy espigados, vestidos con sotana roja y bonete del mismo color, y un señor de aspecto venerable que, a juzgar por la indumentaria, no podía ser otro que el señor obispo. Este señor de aspecto venerable lucía una barba blanca y frondosa, como la del Moisés de Miguel Ángel, que sólo dejaba al descubierto la frente, los ojos y los pómulos de la cara. Vestía alba de ancha puntilla con filigranas a ganchillo, ceñida a la cintura con un cordoncillo dorado con flecos de tirabuzón, estola y dalmática de color negro con ribetes amarillos, y se cubría la cabeza con una mitra episcopal de color morado. Sus manos iban embutidas en unos guantes de seda de color bermellón con dibujos en el dorso que representaban el anagrama de la Virgen María bajo una corona ducal. En el dedo anular de su mano derecha relucía un anillo pastoral de oro macizo con un rubí incrustado del tamaño de media cereza. Calzaba zapatos de charol del color de la fresa madura. Tan pronto como echó pie a tierra, uno de los acólitos de sotana roja sacó del asiento posterior del coche y puso en su mano un báculo pastoral rematado en una espiral de dos vueltas y media.

Lo más sorprendente de aquella figura patriarcal no era su indumentaria. Era su porte distinguido de pontífice nonagenario, su gentil aureola de recogimiento monacal, la inclinación de sus hombros, vencidos por el peso de los años y por el rigor de la penitencia, la sonrisa perenne de sus labios, el movimiento pausado de sus manos al bendecir, la caída pudorosa de los párpados como de doncella recatada, la leve inclinación de cabeza al saludar y al ser saludado, y la mirada dulce y paternal de sus ojos, cuyas órbitas sonrosadas y húmedas delataban un alma entregada a las lágrimas solidarias de las flaquezas ajenas. Las personas que ya entraban al recinto del cementerio se acercaron a él con devoción, doblaron la rodilla, besaron su anillo pastoral, recibieron su bendición, se lucraron cien días de verdadera indulgencia (según les decía uno de los acólitos), se santiguaron y aceleraron el paso para anunciar a todos los vecinos que don Santiago había cumplido su palabra de traerles al obispo para los responsos de sus difuntos.

XXIII Certamen Narrativa

El día trece de octubre se habían cumplido los cien años del estreno del cementerio de Venagua. El vecindario, con el beneplácito del ayuntamiento (sólo hubo dos votos en contra, obviamente los de la oposición) y las bendiciones del cura párroco, decidió que las fechas más indicadas para festejar el centenario eran los días uno y dos de noviembre, tradicionalmente consagrados a recordar a los seres queridos que se fueron para no volver. Don Santiago Rojas Lavid, cura párroco de Venagua, había dado su palabra de honor a los feligreses de que, para engrandecer y dignificar los fastos del centenario, convencería al Excelentísimo y reverendísimo monseñor don Bernardino Gormaz de Montoro y Orozco de Santiponce, obispo de la diócesis, para que el día de Todos los Santos y, a ser posible, el día de los fieles difuntos, visitara la aldea y oficiara los responsos que en esas fechas, siguiendo la tradición, se rezan por el eterno descanso de las ánimas del purgatorio junto a las tumbas y mausoleos de los finados.

El obispo no pudo complacer ni al reverendo Rojas Lavid ni a sus feligreses. La secretaría de Estado del Vaticano había advertido ya a monseñor Gormaz de Montoro en el mes de junio de aquel mismo año jubilar que, para efectuar la visita canónica *ad limina*¹, le había sido asignada la fecha del día dos de noviembre. El prelado, aprovechando este obligado viaje a la ciudad de las siete colinas para rendir cuentas del gobierno de su diócesis al Papa, había contraído ya algunos compromisos protocolarios con las congregaciones romanas, especialmente con la Sagrada Congregación para la Defensa del Vínculo Matrimonial en razón del creciente número de demandas de nulidad que habían culminado con sentencia estimatoria ante el tribunal de la Rota. Desde la primera semana de octubre guardaba en la gaveta de la mesa de su despacho el billete de avión que el día veintiocho de octubre lo llevaría desde el aeropuerto de Barajas hasta el de Fiumicino.

Una ocasión como ésta era la que estaba esperando desde hacía algún tiempo Cornelio Jaramillo Pinzón, más conocido entre sus paisanos por el alias de *El Apostante* por su inveterado hábito a cruzarse apuestas con todo bicho viviente por las más extravagantes razones. Cornelio Jaramillo era un matarife de renombre, dueño y señor de su propia carnicería, hombre ya entrado en los sesenta, casado, con hijos, y conocido no sólo en Venagua sino en cien millas a la redonda por su temperamento bullanguero y, por encima de otras virtudes, como se ha dicho, por la mala costumbre de hacer apuestas siempre que se ponían a tiro una ocasión, un contrincante y un vaso de vino.

¹ El canon 340 del Codex Iuris Canonici, elaborado bajo la dirección del cardenal Pietro Gasparri, establece: "Omnes episcopi tenentur singulis quinquenniis relationem Summo Pontifici facere super statu dioecesis sibi commissae secundum formulam ab Apostolica Sede datam". ("Todos los obispos están obligados a dar cuenta al Sumo Pontífice, cada cinco años, del estado de la diócesis a ellos confiada de acuerdo con las formalidades fijadas por la Santa Sede."). Ésa es la llamada "*visita ad limina*".

XXIII Certamen Narrativa

Lo más triste del caso fue que la obsesión de Cornelio por apostar a troche y moche se contagió a los vecinos. La diversión preferida de los adolescentes de Venagua no era jugar al fútbol o al baloncesto, sino escalar tapias, tumbar burros, apedrear perros y farolas, taponar las cerraduras de las casas, arrojar cáscaras de plátano al paso de los ancianos, levantar las faldas a las chicas, tocar a rebato las campanas de la iglesia, escribir picardías en la pizarra a la maestra, expeler ventosidades pedregosas durante la misa mayor del domingo y otras lindezas de igual jaez, todo ello, como es obvio, en cumplimiento de alguna apuesta cruzada entre los chavales, émulos de *El Apostante*.

Entre los adultos el vicio de apostar había subido a mayores. Ya no se trataba de levantar pesos, de vencer en una carrera de galgos o de pasear por las calles del pueblo en la madrugada envuelto en una sábana blanca invocando en voz alta a las ánimas del purgatorio. El secretario del ayuntamiento de Venagua se apostó con el alguacil la nómina del mes de julio, incluida la paga extraordinaria, a que se llevaba al huerto a la señora del jefe de la estación. Agustín Navarrete, que era un peón bracero que nació cansado, apostó una oveja, dos corderillos y un jamón serrano de pata negra al talabartero Rafael Moñino a que no era capaz de pintar con almagra en la fachada del ayuntamiento en letras de media vara la frasecita “El alcalde es un ladrón”. Etcétera.

Naturalmente, el zar de las apuestas era Cornelio Jaramillo Pinzón, *el apostante*. A la edad de quince años ya había pasado por el quirófano como consecuencia de una úlcera gástrica gangrenosa, derivada posiblemente de la ingestión de tres docenas de huevos crudos que, sin pan y sin sal, había engullido en el espacio de tres minutos en cumplimiento de una apuesta. A los dieciocho tuvo que permanecer setenta y dos horas en los calabozos del cuartelillo de la guardia civil por haber ganado otra apuesta, consistente esta vez en escalar hasta la reja de la segunda planta de la casa del médico y sorprenderlo *in puris naturalibus*, trabado, como diría Góngora, en venéreo duelo con su esposa, la cual hubo de ser trasladada de urgencia al hospital comarcal para que recobrará el conocimiento y para que no le desapareciera para siempre la libido. Tal vez no deba quedar en el tintero una de las apuestas más cacareadas por Jaramillo Pinzón: La de haberse comido de una sentada los seis kilos de carne cruda de un cabrito al pie de la torre del reloj municipal en presencia de todo el vecindario en un sábado de mercadillo. Cuando el médico de guardia del hospital provincial le preguntó cómo había podido ingerir seis kilos de carne cruda en menos de una hora, Cornelio, con su vocecita de falso agonizante, respondió:

-A fuerza de pan y vino, doctor.

Aunque dudaba mucho del poder disuasorio de su palabra, don Santiago Rojas Lavid, párroco de Venagua, no tuvo mas remedio que tomar cartas en el asunto para intentar acabar con aquella plaga de las apuestas, que tantas rencillas habían pro-

XXIII Certamen Narrativa

vocado en la feligresía y tantos quebrantos en las economías familiares. Un domingo de mediados de mayo don Santiago, echando mano de la trompetería apocalíptica de los profetas atronadores de la antigua alianza, dedicó la homilía a combatir con toda energía “ese tremendo vicio que tantos males ha traído a las familias honradas de nuestro pueblo”. Los feligreses asintieron con cuchicheos y constantes inclinaciones de cabeza al sermón furibundo del cura. Aquella misma tarde de domingo de mediados de mayo Cornelio llamó a la puerta de la casa rectoral y pidió hablar con el páter. El reverendo Rojas Lavid lo recibió emocionado, casi con lágrimas en los ojos, seguro como estaba de que la reprimenda de la mañana había producido ya sus primeros frutos. Después de un saludo muy efusivo, el cura y Cornelio pasaron al despacho parroquial.

- Dime, hijo, ¿a qué has venido? ¿Vienes arrepentido?

Cornelio le miró fijamente a la cara y le propuso:

- Señor cura: Le apuesto a usted cincuenta mil pesetas a que desmonto las dos campanas de la torre y las bajo por la escalera hasta la plaza sin ayuda de nadie en media hora.

- ¡Setenta y cinco mil! -respondió el reverendo.

- ¡Cien mil, don Santiago! -redondeó Cornelio.

- Trato hecho -añadió el cura, tendiéndole la mano. Y mientras apretaba la mano del *apostante*, el reverendo Rojas Lavid se relamía de gusto en su interior pensando que Cornelio Jaramillo no volvería a apostar más nunca en su vida. Al día siguiente, lunes, llamó a la puerta de la casa rectoral el boticario de la aldea, don Casto Peñaranda. El cura lo invitó a pasar. El boticario declinó la invitación, metió la mano al bolsillo, sacó diez billetes de diez mil pesetas, los puso en la mano del párroco y le dijo:

- Tenga, es usted un inútil y un farsante. ¿Cómo se atrevió a admitir la apuesta de Cornelio después de todos los anatemas que pronunció ayer usted en el sermón?

- Porque estaba seguro de que esta vez perdería y podría servirle de escarmiento.

- ¿Que perdería, quién, Cornelio? Aquí el único que ha perdido he sido yo, que me aposté con él doscientas mil pesetas a que usted no aceptaba una apuesta suya. Y encima convinimos en que las cien mil de usted vendría a entregárselas yo personalmente a la casa cural.

A finales de septiembre Cornelio volvió a la carga y desafió al cura a ver quién obtenía más donativos el día de Todos los Santos y el día de los difuntos, rezando responsos, cada cual por su lado, junto a las tumbas del cementerio. Don Santiago Rojas estaba seguro de que en esta ocasión Jaramillo Pinzón llevaba todas las de perder.

XXIII Certamen Narrativa

- ¿Qué nos jugamos? -preguntó el cura.
- La mitad de la colecta -respondió Cornelio.
- Hecho -añadió el cura. Y se dieron un fuerte apretón de manos.

El día uno de noviembre, a las diez de la mañana, don Santiago, acompañado de dos monaguillos, dio comienzo en el cementerio de Venagua a los responsos que sus feligreses solicitaban. A las diez y treinta y cinco minutos se corrió la voz por el camposanto de que el obispo había llegado en un Mercedes negro, acompañado de dos sacerdotes con sotana roja y sobrepelliz. Don Santiago se quedó ipso facto sin clientela. Acompañado de sus monaguillos acudió a saludar al obispo.

El encuentro de ambos se produjo providencialmente en el momento en que los acólitos del prelado recitaban el *ne recorderis* junto al sepulcro en el que descansaban los restos de los padres de Cornelio. Mientras los dos clérigos de sotana roja desgranaban devotamente la salmodia, el obispo permanecía con los brazos alzados y la mirada perdida en el firmamento. El corazón del cura de Venagua era un Vesubio a punto de reventar; el de Cornelio, un Niágara de emociones encontradas. Don Santiago dulcificó su mirada iracunda para no perturbar la devoción de sus feligreses. Viendo a Cornelio Jaramillo de aquella guisa, el cura de Venagua recordó que la ilusión de sus padres había sido la de tener un hijo obispo que, vestido de pontifical, rezara por ellos después de muertos. Al acabar el responsorio, el obispo inclinó la cabeza, se enjugó dos lágrimas, recibió el acetre del agua bendita, asperjó la tumba, bendijo con tres cruces a los allí presentes, acarició las greñas de unos niños, inclinó la cabeza, sonrió a los familiares de los allí enterrados, que eran sus propios familiares, y se dirigió al sepulcro inmediato.

- ¿Cuánto?, -preguntó la hermana de Cornelio al clérigo que portaba la caldereta del agua bendita.

- La voluntad, señora; pero, por favor, no más de cinco mil pesetas.

Algunos curiosos comentaron después que el obispo le había dado con el codo a su acólito, pero nadie supo en aquel momento la razón del codazo. Lo que sí vieron todos los circundantes fueron las lágrimas de sus ojos.

Don Santiago Rojas Lavid se acercó al obispo, dobló la rodilla, cogió la diestra del prelado, besó el anillo pastoral, se puso de pie, lo tomó del brazo, se apartaron del grupo, y le dijo al oído en voz muy baja:

- Eres un canalla, Cornelio. Que sepas que voy a seguir la broma hasta el final porque no quiero aguarles la fiesta a mis feligreses ni quiero estropear la ilusión de todos estos niños que te siguen como los israelitas seguían a Moisés por el desierto. Me las pagarás todas juntas.

XXIII Certamen Narrativa

El obispo no le respondió. Le sonrió dulcemente y con una leve inclinación de cabeza se apartó de él.

Monseñor Gormaz de Montoro y Orozco de Santiponce, báculo en mano, vestido de pontifical, acompañado de sus acólitos, del cura de Venagua, de los monaguillos y de un grupo creciente de feligreses, prosiguió sin descanso la retahíla de responsos a lo largo y ancho del cementerio. A quienes preguntaron por qué el obispo permanecía con la boca cerrada, sus acólitos les respondían llevándose la mano a la garganta para dar a entender que monseñor padecía una afonía total que le impedía pronunciar una sola palabra. Lejos de lamentar que los responsos hubieran sido cantados por curas sin graduación a tarifa episcopal, los venagüeños, conmovidos, ensalzaron la bondad del prelado, que, con menosprecio de su propia salud, se habla dignado visitar Venagua para solemnizar el centenario de la primera inhumación. Los que lo vieron llorar dijeron que era un santo varón.

Las autoridades municipales quisieron preparar un banquete para agradecer al obispo su benevolencia. *Monseñor Gormaz de Montoro*, a través de don Santiago, les hizo llegar su agradecimiento y su obligada renuncia al ágape municipal, puesto que aquella misma tarde, dijeron sus acólitos, tenía que emprender vuelo hacia la ciudad eterna. Sobre las tres y cuarto de la tarde del día de Todos los Santos el prelado, con sus dos acólitos y con el cura de Venagua, subió al Mercedes negro entre los aplausos y las aclamaciones del vecindario. El Mercedes, conducido por uno de los clérigos de sotana roja, se dirigió a la casa rectoral. Llegaron a ella los cuatro ocupantes, echaron por dentro los cuatro cerrojos y, entre llanto y risa y entre risa y llanto, de sus vestimentas y de sus disfraces todos se cambiaron.

- No se me enfade, don Santiago -comenzó diciendo Cornelio-. Hoy es un gran día para Venagua. Lo que usted no pudo conseguir con sus reprimendas lo ha conseguido con su silencio junto a la tumba de mis padres. Le juro a usted por la memoria de ellos que Cornelio Jaramillo Pinzón jamás volverá a cruzarse una apuesta con nadie mientras viva.- Y, volviéndose a sus acólitos, pregunto:

- ¿A cuánto asciende la colecta?

- Ciento quince responsos a cinco mil pesetas: Quinientas setenta y cinco mil pesetas -contestó el interpelado.

Don Santiago Rojas hizo un mohín de asombro al oír la cifra. Y añadió:

- Has recogido tú en cinco horas lo que yo no fui capaz de recoger en veinte años.

Luego quiso saber dónde y cómo habían conseguido las vestiduras litúrgicas. Uno de los acólitos le informó que, con la excusa de que iban a representar un auto sacramental de Calderón de la Barca, las habían alquilado en una tienda de atrezzo.

XXIII Certamen Narrativa

- Y ahora, ¿qué hacemos con este dinero? -preguntó el cura.

- El reparto es muy sencillo -respondió Cornelio-: Veinticinco mil pesetas para cada uno de mis ayudantes, que las tienen bien ganadas. Veinticinco mil pesetas para pagar el alquiler de las vestiduras, del báculo, del anillo, ¡y de las barbas! Otras veinticinco mil por el alquiler del coche y cien mil pesetas para el boticario, que usted hará el favor de devolverle sin dar explicaciones.

- Sobran trescientas setenta y cinco mil, Cornelio -observó el cura.

- En sus manos las dejo -añadió *El Apostante*-, para sus obras de caridad o para tapar las grietas que dejó en la iglesia el último terremoto.

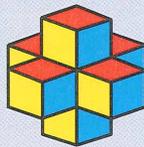
- Pero este dinero, Cornelio, tan feamente ganado, ¿no te parece que deberíamos devolverlo a sus legítimos dueños? Piensa que son, dineros ganados con engaño.

El Apostante se tomó la licencia de arrimarse al cura como si fuera a darle un abrazo. Le puso las manos en los hombros, le enjugó con la yema de los dedos una lágrima solitaria y, mirándole sin pestañear, le dijo:

- Mi querido señor cura, don Santiago: ¿Ha dicho usted que son dineros ganados con engaño? Yo no entiendo ni de latines ni de doctrinas, que, en sacándome de mis matanzas, todo lo demás me parecen asuntos de otro mundo, pero tengo para mí que lo que sube al cielo no es la voz del cura que canta sino la fe de los que le pagan para que cante.

Eduardo García Pérez

ACCÉSIT GENERAL DE NARRATIVA 2001



Grafox
I M P R E N T A, S. L.

C/ La Fuente, 4 - 45006 TOLEDO
Tel./Fax: 925 28 22 04 - 925 25 08 87
e-mail: imprentagrafox@mixmail.com

*Impresos en
General*



Historia de Bargas

NUESTRO ESCUDO MUNICIPAL.

Inspirado por una investigación que elaboro sobre la heráldica municipal de la provincia de Toledo, me he detenido con mayor fervor en nuestro escudo de Bargas, en una aventurada y precisa exploración realizada en los archivos del Ayuntamiento y que ahora desvelo, porque no es solamente la curiosidad la que impulsa a los hombres a emprender aventuras, sino el ánimo de saber y transmitir cuanto descubre.

Un tributado impulso viene dominando mi predilección por este pueblo, al que ya no le soy ajeno, y en el que me siento animado por participar y colaborar en aquellos eventos que requieren mi colaboración. Con ese espíritu me he propuesto, ahora, divulgar, ampliar y matizar diversos aspectos desconocidos de la creación y diseño del citado blasón municipal que bien conocemos, así como los contratiempos librados que remataron su instauración.

En 1987 fue publicado en estas mismas páginas, un revelador trabajo que detallaba el “significado que encierra el Escudo Heráldico o de Armas de nuestro Municipio de Bargas”, concebido para identificarnos “con sus raíces fundacionales o de su abolengo (...) y que reflejara la idiosincrasia propia de los bargueños”.

Así, pues, exploré a fondo el expediente iniciado en el año 1970, con una argumentada carta firmada por el entonces Alcalde, don Antonio Redondo Rivas, y enviada al director de la sección “Heráldica y Genealogía”, que habitualmente divulgaba un diario de tirada nacional.

Pasado poco más de un mes, contestaba -requerido, sin duda, por el periódico-, un “escritor-traductor heráldico”, dedicado a este tipo de investigaciones -según el membrete que ostentaba su atenta carta y cuyo nombre omitimos por cortesía-, advirtiendo la necesidad de estudiar, “ciertos documentos que se conservan en los archivos españoles, si esa localidad usó algún escudo heráldico en la antigüedad”, para lo cual, “esta investigación podemos hacerla por un importe de Ptas. 375.- y de su resultado depende el procedimiento a seguir para usar el que ya existía o crear uno nuevo”.

Sin demora alguna, se remitió por giro postal la cantidad solicitada para los gastos de averiguación, y tampoco se dilató la contestación, aunque ésta fuera ciertamente decepcionante, pues se limitó, el mencionado investigador, a “enviar xerocopia de los sellos que en el pasado siglo usó ese Ayuntamiento, de lo que se desprende no tuvo uno definido para esa localidad”, además de una copia literal que, sobre Bargas, explica don Pascual Madoz, en su “Diccionario Geográfico Histórico

Historia de Bargas

y Estadístico de España”, publicado en 1848. En eso invirtió nuestro “investigador heráldico” la cantidad librada.

Malogrado propósito, al cabo de tres años, el Ayuntamiento busca en esta ocasión apoyo en el Director del Archivo General de Simancas -desde el siglo XVI archivo de la corona de Castilla y en el que reposan fondos documentales que engloban los siglos XV al XVIII-, adjuntándosele “lo poco que se conoce relacionado con la creación de este pueblo, datos, que proceden del archivo de la Catedral de Toledo”, y cuyo párrafo de la carta enviada advertía textualmente lo siguiente:

“El pueblo se llamaba VAL DE OLIVAS y estaba ubicado en un sitio bajo y enfermizo.= En los comienzos del siglo XVI, DIEGO PEREZ DE BARGAS, hermano de GARCIA PEREZ DE BARGAS, dijo a los vecinos que se trasladaran a una zona más alta, en heredad de su propiedad.= De aquí, adquirió el nombre de BARGAS.= Estos hermanos intervinieron en las campañas del Rey Fernando III de Castilla, ganando Sevilla a los Moros.= De estos Bargas, proceden los Machuca”.

Desconocemos quien pudo proporcionar esta información al Ayuntamiento, pues la alusión del siglo XVI es errónea, ya que se da por conocido que los mencionados hermanos Pérez de Vargas -escrito con V-, se vinculan al siglo XIII y no al XVI. Uno de ellos, Diego, participó en la batalla de Jerez, en el año 1232, por una de cuyas acciones y valor reconocido recibiría el sobrenombre de Vargas Machuca, y que no renunciaremos a relatar la versión transmitida, como evidencia de lo que posteriormente pretendemos demostrar.

Su celebridad fue conseguida en una arriesgada gesta mantenida en la mencionada batalla, donde habiéndosele roto, en lo recio de la lucha, su lanza y espada, desgajó un verdugón de oliva con su cepellón, y siguió peleando con tal destreza y valentía, que golpe que él descargaba, tantos moros caían. Atónito su caudillo don Alvar Pérez de Castro, observando tales prodigios de valor, gritaba: “¡Machuca, Diego, machuca!”, siendo, a partir de entonces, conocido como Diego de Vargas Machuca, “alcuña que conservan con noble orgullo hasta nuestros días sus esclarecidos descendientes”.

Por su parte, su hermano, Garci Pérez de Vargas, destacó como reconocido guerrero en las continuadas contiendas contra los musulmanes y se distinguió por sus extraordinarias hazañas, que culminaron, acompañando al rey Fernando III el Santo, en la conquista de Sevilla, en la cual sería el primero en asaltar los muros de la ciudad. Su fama podría haber sido cantada en las novelas de caballería, pues venció y dio muerte al rey de los adversarios, y por ésta y otras muchas heroicidades

Historia de Bargas

mereció que su nombre fuera esculpido en mármol, en la puerta de Jerez, de la ciudad de Sevilla, cuya inscripción decía así:

Hércules me edificó:
Julio César me cercó
de muros y torres altas:
y el rey Santo me ganó
con Garcí Perez de Vargas.

Pero, continuemos con la historia de nuestro escudo. Diligente fue el Director del Archivo de Simancas, don Amando Represa, dando contestación a la consulta, pues, en poco más de una semana, proporcionó alguna noticia y adjuntó fotocopias de diversas e interesantes páginas del “Nobiliario de los reinos y señoríos de España”, de Francisco Piferrer, “donde se dan noticias del pueblo y familia Vargas así como del escudo de ésta”, haciendo constar la falta de referencias sobre la posible existencia de un blasón municipal.

La búsqueda de información, aunque escasa, parecía haber dado sus frutos. De forma apremiante, se solicitó del citado Director del mencionado Archivo, la emisión de un informe, “razonando y justificando cuanto creyera oportuno aducir en beneficio y veracidad”, demanda que fue rehusada por el señor Represa, aduciendo “que, normalmente, los informes y justificaciones históricas de carácter heráldico referentes a pueblos, se suelen tramitar a través de la Real Academia de la Historia”.

Pasados algo más de tres años, desde el inicio del expediente, el mismo Alcalde, en un empeño enaltecedor, se dirigió al Bibliotecario de la Real Academia de la Historia y, haciendo acopio de la reducida documentación que poseía, la remite solicitando informe de dicha entidad, la cual manifiesta no “relacionarse directamente con los Concejos interesados” y orientándoles hacia el Archivo Histórico Nacional, del cual, en un nuevo intento, requieren la misma información.

A este respecto el Director de este Archivo Histórico comunica que “en nuestra Sección de Sigilografía lo único que aparece (...) son tres impresiones en tinta de otros tantos sellos usados por el Ayuntamiento y la Alcaldía en el último tercio del siglo XIX, los tres de forma oval”, y en los cuales no figura ninguna peculiaridad heráldica que haga referencia a las armas propias del pueblo. Idénticas reproducciones y manifestaciones facilitadas en el primer momento por el documentalista heráldico que percibiera la cuantía económica desembolsada por el Ayuntamiento.

Historia de Bargas

Afortunadamente, sería en octubre de 1973, cuando el Alcalde se decide, y decreta la inclusión del tema que desgranamos, entre los asuntos a tratar en la sesión que se celebraría el 24 del mismo mes. Ese día el entusiasmado Corregidor propone al Ayuntamiento, previa una documentada exposición de motivos, la creación del escudo municipal que “simbolice las glorias y virtudes de los fundadores de este pueblo”.

“Conocida la propuesta presidencial -refleja el acta correspondiente- y después de un ligero debate, la Corporación Municipal en pleno (...), expresó su gratitud al Sr. Alcalde por su acertada propuesta”, acordando “designar a don Emilio García Rodríguez, Archivero-Bibliotecario de la Excma. Diputación Provincial de Toledo, para que redacte una memoria o informe, donde se comprendan los hechos históricos que se refieren a la fundación y fundadores de este pueblo”. Al cabo de cinco meses, inquietos por el retraso, nuestros munícipes hubieron de reiterarle el informe.

La presentación de dicho dictamen, extremadamente documentado, justificaba los motivos que amparaban la creación del escudo municipal. En el artículo del Programa de Fiestas ya mencionado, se comentó el contenido del mismo, mas intentaré, recortar y recordar, en lo posible, los argumentos más sobresalientes que dieron pie para razonar el diseño propuesto.

Su testimonio recoge y justifica las diversas vicisitudes sobrevenidas a los antiguos habitantes, desde su primer emplazamiento en el Lugar de Bargas, “paraje donde aún se encuentran la fuente y el pilar llamado Val de Olivas”, pasando por la fundación del primitivo solar de los Vargas de Toledo -”a media legua de dicha ciudad”-, promovida por Pedro Ibáñez de Vargas -“hijo del primer representante documentado del linaje, Iván o Juan de Vargas”- (1), recompensado con gran provecho y las tierras señaladas, por su intervención en la reconquista de Toledo, en 1085, en la que intervino en ayuda del rey Alfonso VI, al igual que lo había hecho su padre en la conquista de Madrid, en 1083, y el traslado que se hizo desde aquel primitivo Lugar de Bargas “a tierras más altas, posiblemente a mediados del siglo XIII, donde existía la heredad de Diego Pérez de Vargas, biznieto del mencionado Pedro Ibáñez de Vargas. Finaliza el citado informe, detallando la ya comentada hazaña de Diego Pérez de Vargas en la batalla de Jerez.

A la vista de estos temas, recogiendo una relación histórica con el pueblo de Bargas desde sus orígenes, el mencionado investigador, estima y determina que el “Escudo de Armas del Lugar de Bargas” debería ordenarse como sigue: Escudo cortado. Primero: De gules, la fuente de oro con surtidores de plata, que

(1). Valeroso guerrero, que auxilió eficazmente al rey Alfonso VI en la importante conquista de Madrid, en 1083, y que, convertido en rico hacendado, tuvo a su servicio al glorioso San Isidro, hoy, patrón de la Villa y Corte.

Historia de Bargas

simboliza el primer emplazamiento del Lugar de Bargas, en el paraje donde aún se encuentra la fuente y el pilar llamado Val de Olivas. Segundo: De azur, las cuatro fajas ondeadas de plata, que son las armas primitivas de la familia Vargas y representan la fundación del Lugar de Bargas por Pedro Ibáñez de Vargas, hijo del primer representante documentado del linaje, Iván de Vargas, que intervino en la reconquista de Toledo por el Rey Alfonso VI el año 1085. El todo timbrado de corona real abierta de oro y pedrería, modalidad característica de nuestra heráldica Corporativa con cimera de brazo armado de plata, empuñando un verdugón de olivo natural, ramado y hojado de sinople, que recuerda la hazaña de Diego Pérez de Vargas en la batalla de Jerez, en el año 1232". (Fig. 1).

Enterado del informe, queda aprobado por el Pleno Municipal, en sesión Extraordinaria de fecha 29 de marzo de 1976, remitiéndose, después de los trámites reglamentarios, a la Real Academia de la Historia para que emitiese el dictamen que, en virtud de las disposiciones legales, le correspondía y corresponde.

En sentido favorable, con algunas sugerencias que fueron debidamente observadas, el Boletín Oficial del Estado, mediante el Real Decreto 818/1979, publicado el 25 de abril de 1978, señala la aprobación de lo que será definitivamente el Escudo de Armas del municipio de Bargas, que autoriza y firma nuestro Rey Juan Carlos, y que dice así:

“El Escudo Heráldico de Bargas quedará organizado de acuerdo con el dictamen de la Real Academia de la Historia, (De gules, la fuente de oro con chorro de plata, cortado de plata, cuatro ondas de azur. Timbrado con corona real cerrada)”.

Sin embargo, a la vista del informe emitido por la Real Academia de la Historia, nos parece conveniente exponer unas acotaciones reparadoras, a nuestro parecer, de

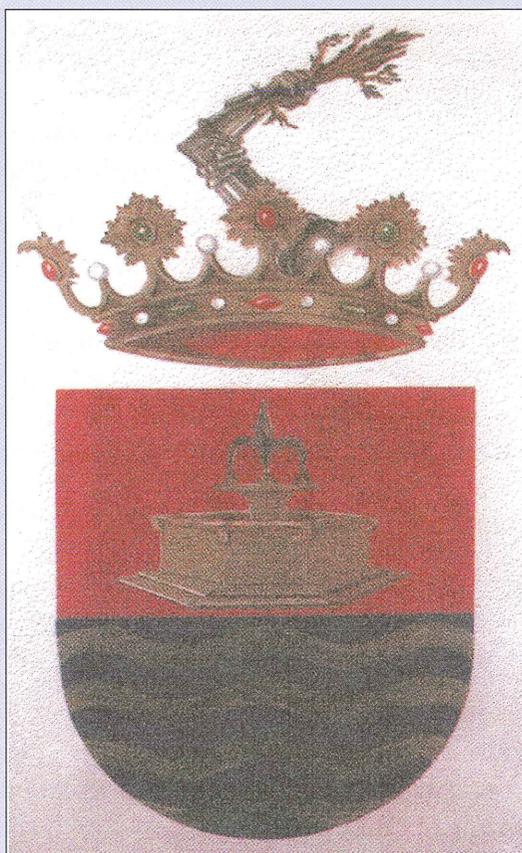


Fig. 1

Historia de Bargas

ciertos yerros históricos y heráldicos, pasados por alto, sin perjuicio de prevenir a los posibles maledicientes, que este escudo, nuestro escudo municipal, habiendo sido aceptado, después de unas justificadas modificaciones por parte de la Academia, y aprobado, “previa deliberación del Consejo de Ministros en su reunión del día 30 de marzo de 1978”, debe suponer, para todos, de cumplida aceptación, aunque ello implique, a nivel particular, ciertas reservas y escepticismo.

En su informe previo, don Emilio García Rodríguez, concedió desmesurada trascendencia al primitivo lugar, Val de Olivas, presumiblemente, origen del actual pueblo, pero no demostrado, magnificando, además, en el primer cuartel, una suntuosa fuente -mejor diríamos fontana-, que no guarda consonancia con la que pudo existir.

Del segundo cuartel -en campo de azur, cuatro fajas ondeadas de plata, “armas primitivas de la familia Vargas”-, también hemos de advertir, que las primitivas armas de los Vargas han sido siempre -con algunas excepciones-, “en campo de plata, tres fajas ondeadas de azur (azul)”, y es así como las describen los más acreditados tratadistas del arte y la ciencia heráldica (2) y recogidas en las modificaciones señaladas por la Real Academia, que permuta los esmaltes de este último cuartel, corrigiendo al académico e investigador García Rodríguez.

Y, en cuanto al timbre, descrito con “corona real abierta (...) con cimera de brazo armado de plata, empuñando un verdugón con su cepejón de olivo, al natural, ramado y hojado de sinople, que recuerda la hazaña de Diego Pérez de Vargas en la batalla de Jerez”, no es propio de un blasón municipal, sino de armas gentilicias, y que, con acertado y fundamentado criterio, la Real Academia de la Historia rechazó, “ya que éstas corresponden, casi con exclusividad, a armas familiares o de reinos, pero inadecuadas para los municipios”. Consideración razonada, puesto que este escudo es el utilizado por los Vargas-Machuca, descrito por Juan José Vilar Psayla y Julio Atienza en sus respectivos nobiliarios, y de los cuales, posiblemente, haya sido tomado el blasón rechazado por la Academia, cuyas armas del apellido mencionado, eran: “En plata, tres fajas ondeadas, de azur. Cimera: un brazo armado, empuñando un ramo de oliva, de sinople”.

De todos estos antecedentes y, suponiendo que, efectivamente, el actual emplazamiento del pueblo de Bargas ocupa las posesiones que un día pertenecieron a

(2). Dicha descripción ha sido recogida en las siguientes obras: “Diccionario Heráldico y Nobiliario de los Reinos de España”, de Fernando González-Doria, “Diccionario Nobiliario”, de Julio de Atienza, “Repertorio de blasones de la Comunidad Hispánica”, de Vicente Cadenas y Vicent, “Armorial de apellidos españoles”, de Jacques-A. Schnieper Campos y Félix Rosado Martín, “Heráldica”, de Julio Olmedo y Joaquín Díaz Vallés, “Nobiliario de los reinos y señoríos de España”, de Francisco Piferrer o el tratado de Juan José Vilar Psayla.

Historia de Bargas

Diego Pérez de Vargas, no cabe la menor duda que, hubiera sido más riguroso mantener del escudo propuesto en un principio y desechado en parte por la Real Academia de la Historia, la cimera dentro del escudo, así como el distintivo de la familia Vargas, lo cual revestiría un índice de mayor rasgo histórico y recordaría con mayor afectividad a quienes, en su momento, brindaron una tierra que sustituyese a la “enfermiza” ocupada anteriormente.

La Real Academia de la Historia recomendó, sin embargo, la descripción reflejada más arriba, fue aprobado en Consejo de Ministros y es el familiarmente conocido por todos los bargueños. (Fig. 2).

Ahora bien, si nos atenemos a la narración de los hechos acontecidos al famoso Diego Pérez de Vargas, al cual representa la cimera del escudo suprimida, debiera haber sido conservada tan significada alegoría, recogiénola como un elemento más distinguido, histórico y trascendente en el propio campo del escudo, que supondría una mayor motivación heráldica que la fontana embellecida que presenta nuestro actual escudo, carente de riguroso significado alegórico y representativo.

Es lamentable que no hayan despejado en aquel momento, la posibilidad de recrear el escudo evaluando las posibilidades mencionadas, por cuanto, para mi opinión, el blasón municipal debiera diseñarse de la siguiente manera:

“En campo de plata, tres fajas ondeadas de azur (azul), resaltadas de brazo armado, empuñando un ramo de oliva, de sinople (verde)”. (Fig. 3).

Esperamos haber expuesto y despejada la incógnita que ocultaba la procedencia de los elementos que configuran nuestro escudo, interesante,



Fig. 2

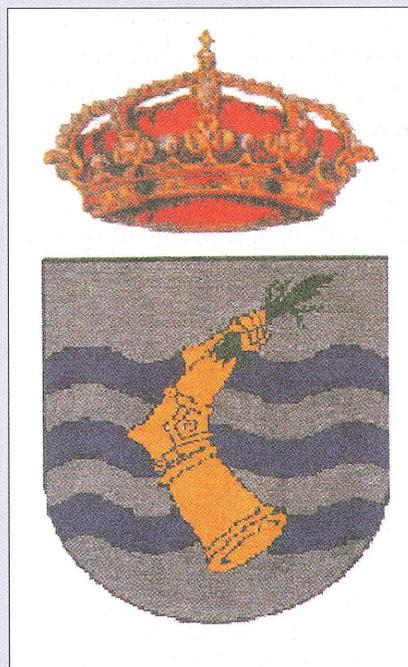


Fig. 3

Historia de Bargas

sobre todo, para quiénes sienten inquietud por los temas bargueños o, simplemente gustan de conocer la historia local.

Así se llegó a crear el actual blasón municipal, merced al enconado esfuerzo y tesón de unos pocos para orgullo de otros muchos. Aquí, por otra parte y al margen de lo expuesto, amparados en la historia y sus circunstancias, hemos intentado recrear también, sin otra intención que la fidelidad histórica y la veracidad que busca la ciencia heráldica, el escudo municipal que pudo haber sido y no fue.

Finalmente, en un intento de difundir el significado heráldico, ofrecemos la representación de nuestro blasón municipal, cuando éste es reproducido en blanco y negro, pero con la expresión simbólica de sus colores, los cuales son sustituidos por líneas dispuestas de diferentes formas. Así, el gules (rojo) se representa con líneas verticales; el azur (azul) con líneas horizontales; el plata, en blanco y el oro con puntos, como se puede apreciar en la fig. 4.

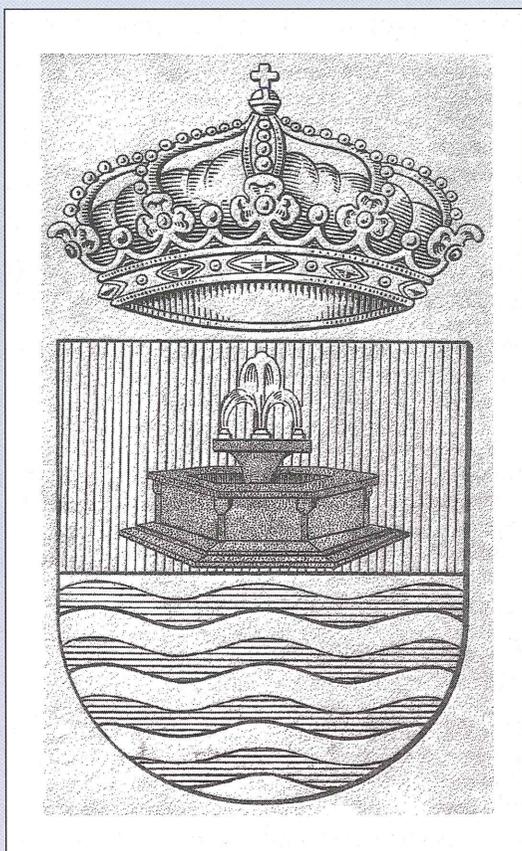


Fig. 4

José-Domingo Vales Vía.
Diplomado en Heráldica.

NOTA: Ilustraciones del autor, de Francisco Martín y del Archivo Municipal.

Historia de Bargas

LOS ENCIERROS DE TOROS EN BARGAS (Añoranzas de un bargueño...)

En las fiestas en honor del Santísimo Cristo de la Sala de Bargas, siempre se corrieron toros de capeta. Me contaba mi abuelo “Chalán” las peripecias que pasaban, cuando daban toros en las capeas en los pueblos, pero en Bargas la gente era muy habilidosa y atrevida, recortaban a los toros y a algunos los tiraban al suelo. Cuando esto ocurría soltaban uno de los cabestros que llevaba una campanilla y barría la plaza dando leña.

No hay que olvidar que la fiesta de los toros nació del pueblo llano, donde los mozos hacían sus proezas delante de sus novias, que presenciaban en las talanqueras las capeas.

La fiesta de los toros y los encierros en Bargas fueron siempre divertidas y tenían fama en todo el contorno. Los mozos fueron siempre los mayores protagonistas por su bizarría y arrojo.

En las vísperas salían de las tabernas cantando “vamos por ellos”. Esa noche no se acostaban, y al amanecer salían en pandilla con las mozas que con sus gritos y sustos daban más ambiente y animaban a los mozos a marchar por ellos al Valle de Santiago, que era el sitio donde paraban con los toros antes del encierro.

Después del amanecer, cuando llegaban las Autoridades se iniciaba el encierro, y cuando llegaban los toros al pueblo arropados por los cabestros y caballistas salían los mozos que estaban aparapetados y los espantaban. Estos encierros duraban todo el día, ya que con la brega y los recortes que les daban algunos entraban en los toriles a hombros de los mozos.

Recuerdo uno de estos encierros del año 1928 que al anochechar echamos mano a uno de los toros en la Fuente del Caño, lo cargamos en un carro y cuando llegábamos a la huerta del “Tío Revive”, salió al encuentro la Guardia Civil y nos desvió hacia los toriles por la calle “La Arroyada”. La que se pudo armar, hubiera sido de órdago a la grande si nos presentamos en la plaza con el toro cuando estaba la gente bailando.

En el año 1944 los novillos que estaban en los corrales del Ayuntamiento rompieron la puerta y se subieron al piso donde estaba la escuela. Como eran más de las once de la mañana y no habían conseguido que bajaran, mi padre me fue a despertar para que fuera a ayudar. Entre el Sr. Boni y yo nos metimos entre ellos y los pupitres y conseguimos bajarlos, con los consiguientes riesgos y trompazos.

Historia de Bargas

Otra barbaridad, que presencié Víctor Quintanilla, fue en los corrales cuando un novillo se negó a salir a la plaza, para lo cual nos echamos abajo el mayoral de la ganadería y yo y logramos sacarle defendiéndonos a dúo de los derrotes del novillo. Pero la mayor de todas fue el subir un novillo al Ayuntamiento, cuando éste se metió le puse una banderilla en la penca del rabo y el novillo manso vio la luz y se subió escaleras arriba. Como cerraron la puerta del balcón, evitó lo que pudo ser una tragedia, pero la verdad es que la gozamos los que estábamos abajo. D. Adrián, D. Enrique y otros, pero los de arriba las pasaron “moras”.

Como dice Gila las bromas de los pueblos son fuente de la juventud que todo lo arrollan.

Con el progreso, estas fiestas han perdido el sabor humano y la civilización acabó con ellas, como con el romanticismo y el colorido.

Los bargueños acudían en estos días después de las faenas del verano para participar en las capeas y encierros, derrochando su valor y su destreza. Estoy seguro que los de mi edad recordarán estas fiestas que ellos vivieron y gozaron.

Los bargueños siempre se distinguieron por su hidalguía, su honradez, su valor y por ser buenos trabajadores. Nos llaman “de la viga atravesada” cosa que nos honra, ya que nos enorgullece y nos da la categoría de ser bargueños y de la viga.

Julián Rodríguez de la Pica Ontalba



Eulogio e Hijos, s.l.

CEREALES Y SECADERO DE MAIZ

Camino del Cebollón s/n
TELF: 925 35 72 38 FAX: 925 35 88 24
45593 BARGAS (TOLEDO)



AUTOMÓVILES

Autovía Madrid-Toledo Km. 63.500
Junto a Neumáticos Murga
TELF: 925 35 37 33
646 96 82 42
686 45 99 33



**el Convento
PUB
BARGAS**



CONSTRUCCIONES
José Rodríguez Bargeño
C/ Federico García Lorca, 5
Teléf. y Fax: (925) 35 88 34
45593 BARGAS
(Toledo)



EXCAVACIONES Y DERRIBOS
EN GENERAL
DEMOLICIONES DE HORMIGON
CON MARTILLO
ANTONIO ALONSO HIDALGO
Miguel de Cervantes, 5
45593 BARGAS (Toledo)
Teléf. 925 35 82 55
Móvil 619 85 23 65



**TRANSPORTES
SANPER E HIJOS, S.L.**
Tel. 925 35 81 26
Móviles { 677 411 486
677 411 487
677 411 488
C/. Progreso, 55
45593 - BARGAS
(Toledo)



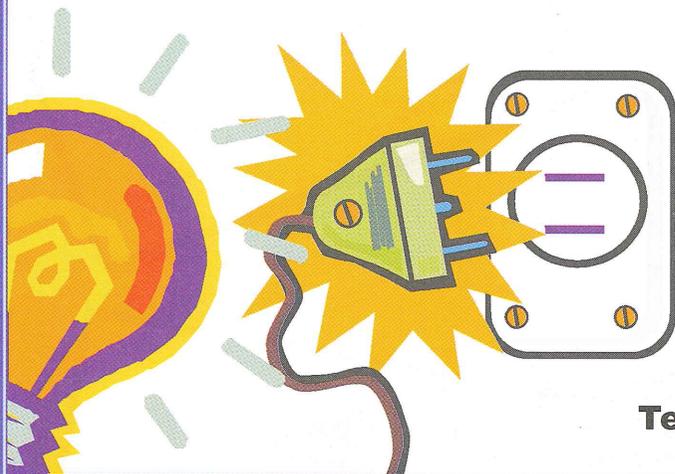
**Manuel Aiguacil
TRANSPORTES Y MATERIALES, S.L.**
C/ Batalla de Lepanto, 2
Tel. 925 358 708
Móvil 639 633 521
45593 BARGAS (Toledo)



**EXCAVACIONES
JOSÉ LUIS ESPEJEL**
Zanjeos, derribos, excavaciones en
general y demoliciones con martillo.
Urbanización Santa Clara, 16
Teléf. 925 358 676
45593 BARGAS
(Toledo)

PANAMA

SUMINISTROS ELECTRICOS, S.L.U.



C/ Panamá, 18

45004 Toledo

Teléfono: 925 25 53 65



***SERVICIO GRAFICO NACIONAL E
INTERNACIONAL, PARA LA
REALIZACION DE SUS IMPRESOS,
FOLLETOS, CATALOGOS, PAPEL
CONTINUO, REVISTAS, LIBROS...***

**Urbanización Santa Clara, 34
45593 BARGAS (Toledo)**

Tel.: 925 35 88 12

Fax: 925 35 70 18

www.ticom.es/igs

igs@ticom.es



**CONSTRUCCIONES
ANTOLÍN GARCÍA LOZOYA, S. A.**
Teléf. 22 06 00 - Fax 22 43 08
Marqués de Mendigorria, 3
45003 TOLEDO

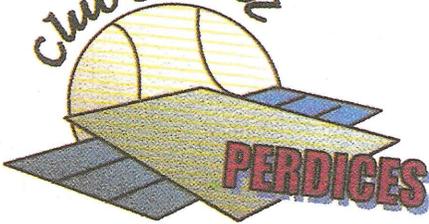
**DELEGACION
BARGAS**



Adrián Nodal Navarro, 4
45593 BARGAS (Toledo)
Telf. 49 31 41

Agente de Seguros
N.º Rgto. 236

Club Social



NOTAS DE LAS FIESTAS

.....

.....

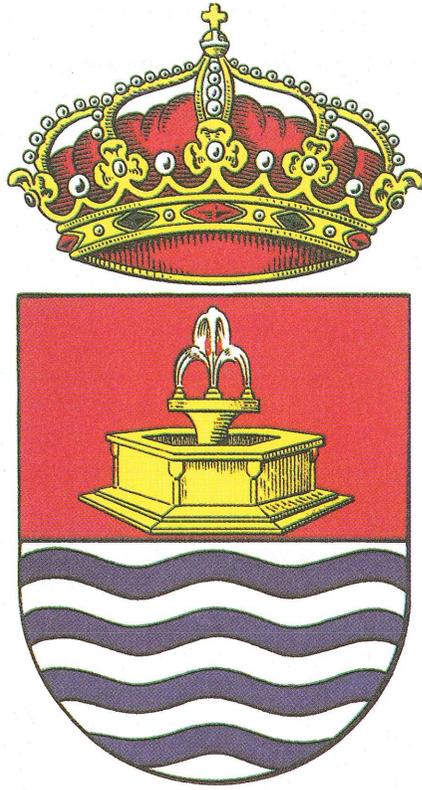
.....

.....

.....

.....

NOTAS DE LAS FIESTAS



El Ayuntamiento de Bargas

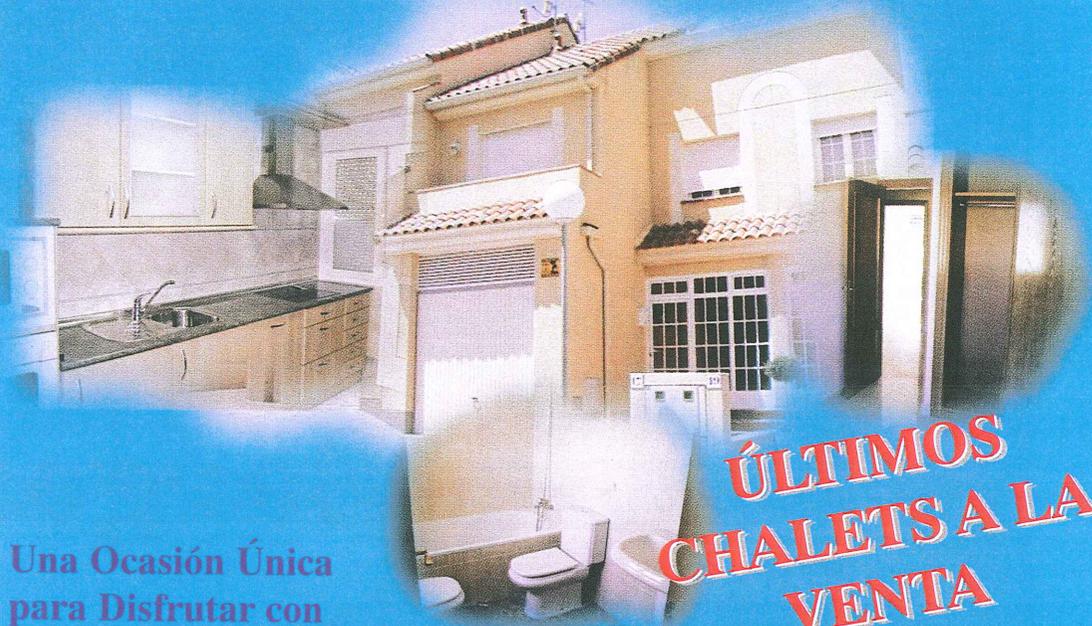
Les desea

Felices Fiestas

RESIDENCIAL
Europa
 Bargas 4ª fase

Chalets de 150 m²

Exclusivamente para privilegiados



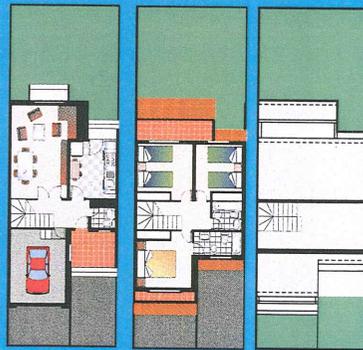
Una Ocasión Única
 para Disfrutar con
 Calidad de Vida

En la mejor zona de Bargas, con un cómodo acceso
 a la autovía que une Madrid y Toledo (N-401).

Con jardín privado y un amplio garaje para su vehículo.

Amplias zonas para el ocio y el recreo al aire libre;
 con instalaciones deportivas junto a la urbanización.

**ÚLTIMOS
 CHALETS A LA
 VENTA**



Planta baja
 Área cons. viv. baja:
 52,57 m²

Planta alta
 Área cons. viv. alta:
 56,52 m²

Planta Buhardilla
 Área cons. viv. buhardilla:
 22,06 m²

Elegida "Promoción del Año 2000"

DESDE
15.900.000



Con una financiación adaptada a sus necesidades.

Le entregamos la cocina amueblada por:



Obra Financiada por:



INFORMACIÓN Y VENTAS
 TEL. 925 28 55 00
 C/ Bertín, 3-Bajo - 45005 TOLEDO

Visite Chalet piloto en:
 c/ Fuentepeña - Bargas (Toledo)



FIESTAS POPULARES

en honor del
stmo. cristo
de la sala

Bargas

Programa Oficial de Fiestas 2001.
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Bargas

14-18

SEPTIEMBRE

2001

